

129 

Gilberto Rendón Ortiz

**LOS CUATRO
AMIGOS
DE SIEMPRE**

«¿Y SI YA HE DEJADO DE SER NIÑO?
¿CÓMO SE SABE ESO? ¿EN QUÉ MOMEN-
TO PRECISO DEJA UN NIÑO DE SER NIÑO?
¿HAY UNA REGLA PARA MEDIR LA INFAN-
CIA?»- MANUEL ESTÁ PREOCUPADO. TIE-
NE MIEDO DE CRECER. TAL VEZ, SI SE
HACE MAYOR, SUS AMIGOS -JULIO, EMI-
LIO, JACK Y KARL- DEJARÁN DE IR A
VISITARLE...

GILBERTO RENDÓN ORTIZ ES UN ESCRIT-
OR MEXICANO CUYA PRINCIPAL OBTI-
VEN HA SIDO DE UNIR LA EDUCACIÓN Y
LA CULTURA A TRAVÉS DE LA RADIO, LA
TELEVISIÓN, LA PRENSA Y LOS MEDIOS
MULTIMEDIALES DE INNUMERABLES GRAN-
DES OBRAS LITERARIAS. RENDÓN OBTUVO
POR ESTA OBRAS EL PREMIO EL JARCO DE
VAPOR MEXICAN DE 1998.

A PARTIR DE 9 AÑOS

7 4 4

ISBN 84-348-7260-9



Los cuatro amigos de siempre

Gilberto Rendón Ortiz

tt B A κΤΤΟ *. U b V A Ϛ U k"
aiiwui

Gilberto Rendón Ortiz



Los cuatro
amigos
de
siempre

Premio EL BARCO DE VAPOR 1998-México



Primera edición: /ulto 2(XX)
(Quinta edición: septiembre 2(104

Colección dirigida por Marinella Terzi Cubierta e ilustraciones:
Mario Feal
Versión adaptada del original para su publicación en España

© Gilberto Rendón Ortiz, 1999 O Ediciones SM, 2000 Impresores, 15
Urbanización Prado del Espino 28660
Boadilla del Monte (Madrid)

ISBN 84-348-7260-9
Depósito legal: M-33233-2(X)4
^reimpresión: Grafi lia. SL
Impreso en España / Printed in Spain
Imprenta SM Joaquín Turina, 39 - 28044 Madrid

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constituida de delito contra la propiedad intelectual arts. 270 v ss. del Código Pcnafs" £h*C«ntro Español de LXrechos Reprográficos vela por el respeto de los citados cfefechus.

«Dos grandecito para jugar a esas cosas —ha dicho la tía Fanny.

Me gusta la música de sus palabras. Me gusta toda la tía Fanny, pero a veces me duele la música de su voz.

La tía Alba vino también de Costa Rica, pero ella es más seca de voz y de cuerpo y de carácter.

—Usted ya no debe andar inventando cosas así. No es un chiquillo.

Es más seca, pero casi nunca se enoja conmigo, no que me dé cuenta. Lo único gracioso que yo le veo es que me hable de usted. A los mayores les habla de tú, o más bien de ese modo en que hablan los extranjeros. Ella no es extranjera, sino mexicana, pero se ha educado en Costa Rica, al igual que la tía Fanny. Las dos son hermanas de papá.

Yo me he puesto serio y ellas dicen que no me enoje porque me pongo «muy feo». Me tratan como a un pequeño, y luego dicen que ya soy mayor.

La verdad es que no me enojo con ellas.

Me pongo serio, preocupado. Y, sí, también rabioso, pero no en su contra; no sé contra quien, porque a lo mejor ellas tienen razón y ya no soy un niño.

Lo siento en el pecho, como algo que se agazapa a la espera de poder saltar. Veo las cosas de otro modo, como si de golpe los ojos los tuviera más arriba: siento los brazos más largos, el rostro como si se me hubiera hecho de ángulos. Siento que en cualquier momento voy a ser otro.

¿Y si ya he dejado de ser niño? ¿Cómo se sabe eso⁹

¿En qué momento preciso deja un niño de ser niño?

¿May una regla para medir la infancia?

¿Cuando mi *abue* me reveló el secreto de los Reyes Magos, me abrió los ojos-puertas para pasar al mundo de los adolescentes, de los que adolecen de infancia y de edad madura, de los que están en medio de dos mundos...? ¿Por eso es que ahora me atormento y lloro y no sé dónde estoy, si allá o aquí?

No lo sé; el cuerpo me duele más y me canso mucho y tengo siempre sueño. Es lo único que sé.

Además, cuando mi abuela dijo eso de los Reyes Magos, prometió que me traerían regalos una vez más, hasta los doce años, y esos todavía no

los tengo, sino que los cumplo dos días antes del día de Reyes.

Yo me atengo a la promesa y ya sé lo que voy a pedir. Y no me importa que sea lo último que me traigan, sino que cumplan con la última vez.

Bueno, pero lo que me hace rabiar y llorar no son los Reyes Magos, ni las tías, ni la abuela, ni los primos que ya están aquí de vacaciones (ya sé que se van a burlar-compadecer de mí; mas todavía que en las fiestas pasadas, si la abuela no regresa pronto), sino el miedo que siento de que este año ellos, mis amigos, los cuatro magníficos, no vuelvan más. ¿Por qué? Por lo que dicen las tías: que ya no soy un niño. Si ellos piensan igual, van a decir lo mismo: que ya somos mayores para jugar a esas cosas.

—Pero *decíme*, tía —imito su modo de hablar—, ¿cuándo se deja de ser niño?

—Cuando se abren los ojos, cuando el cuerpo se despierta, cuando... —recita la tía Alba bruscamente, llevando la cuenta con los dedos.

A la tercera respuesta se interrumpe de golpe, me mira sorprendida y corre a darme un beso, seco como es ella, en la frente. Creo adivinar una húmeda mirada, pero no logro fijarme bien en sus ojos, porque de improviso sale de la habitación diciendo:

—Siga usted jugando, Manuelico, no escuche a esta vieja...

Y yo recupero la espada que armé con las piezas del mecano y el escudo de lámina (que también salió del mecano), y me apresto a combatir a los capitanes turcos que tienen sitiada Candía. El juego es en silencio, porque la tía Fanny se queda a cuidarme y me da vergüenza gritar como un jenízaro delante de ella.

Cuando me canso, no de jugar sino del cuerpo y de la mente, no me quiero dormir; quiero estar alerta, a ver sx, en un descuido de la tía Fanny, ellos vienen por mí.

Bueno, a ver si los dejan venir a jugar conmigo.

A los cuatro; sí, a los cuatro. O a uno tan sólo. Hoy, con las cosas que dicen las tías, me conformo con que venga uno solo.

¿Y si los que han crecido son ellos, y si ya son adolescentes, y si ya no son niños? Entonces no vendrán, ¿verdad?

No sé la edad que tienen, pero de golpe no creo que hayan envejecido. Los cuatro al mismo tiempo. No, habrá uno, a lo mejor Karl, que sea más niño que los otros. De marzo a diciembre son... nueve meses. ¿Es bastante tiempo para crecer tanto?

¿Quién lo sabe?

¿Y si nos queda un poquitito de niños? ¿Una cositita, así, chiquitita? ¿Cómo saberlo? ¿Dónde está ese metro que mide a los niños y les dice cuánto les falta para dejar de serlo?

Me da un sueño irresistible, ya estoy cabeceando.
¿Por dónde iba? Sí, ya sé. La tía Fanny me mira. La tía
Alba se ha ido llorando. *Abue* no viene, sigue en el
hospital. ¿Qué más? Que ya no soy un niño.

A lo mejor ya estoy grandecito, como dicen ellas, y
mis amigos ya no regresan más. ¡No, eso no, ellos
vendrán! No puedo perder la esperanza, yo los voy a
esperar siempre, aunque deje de ser niño y ya no
juguemos a esas cosas. Podríamos fumar y hablar
sobre las noticias del periódico y hacer juntos cosas
de mayores. ¡Oh, Dios, ojalá no sea muy aburrido ser
mayor!

Sí, los voy a esperar siempre, como otras veces,
aquí sentado.

En mi silla de ruedas.

El primero que conocí fue a Emilio. Él dejó el portón de la huerta abierto, de par en par.

—Uno nunca sabe si tiene que salir corriendo —se decía cuando entró a cortar unos mangos.

Había, casi a la entrada, unos mangos manila muy bajitos, pero la huerta es enorme y está llena de cientos de árboles diferentes.

—¡Mompracem! —se imaginó Emilio apenas arrinconó su bicicleta junto a un árbol de *litchis*.

Y, fascinado con la huerta, se puso a explorar el lugar.

Yo lo vi desde la terraza de mi cuarto cuando llegó ante los guanábanos.

Mi *abue* me había sacado un rato a tomar el sol a la terraza bajo el filtro de una enredadera de maracuyás.

Iba Emilio vestido de blanco bien blanco, deslumbrante el pantalón corto, los tenis, los calcetines blancos, la camisa blanquísima y bien blanco el sombrero blanco de explorado».

Así a lo lejos me pareció una figura arrancada de un libro de cuentos.

Descubrió que lo veía y trató de esconderse detrás de un árbol.

Yo agité mi mano saludándolo y él volvió a aparecer, no muy confiado.

—¿No hay perros? —preguntó.

—No —respondí—. Había una perra hace tres o cuatro años, pero se la llevaron a otra casa.

—¿Puedo cortar un mango?

— ¡Ven! —exclamé.

Tenia un pequeño morral al hombro. Me lo imaginé lleno de fruta y añadí:

—Por este lado hay mangos maduros... Yo te digo en qué árboles la fruta está buena.

—Me gustan los mangos verdes.

—No sabes... El mango criollo, verde; el mango fino, maduro...

—Mejor ven tú...

Me quedé callado un momento. ¿Cómo decirle que mis piernas son dos hilachos que no me llevan a ninguna parte?

—No me dejan.

En ese momento llegó mi abuela. El chico se escondió y vio asombrado que, en efecto, yo era un prisionero.

—Ya basta de sol, hijo...

—No, abue\ quiero estar un rato más aquí fuera.

— No puedo dejarte en la terraza. Estoy ocupada, hoy no ha venido la muchacha y debes estar dentro... Hago de comer, espero visitas, escribo, barro, coso... Te quiero cerca.

Ni cerca ni lejos en realidad. La abuela está abajo y yo en mi cuarto, arriba. A veces grita y me pregunta qué estoy haciendo.

—¡Juego a los piratas! —le contesto.

O le digo que estoy leyendo un libro o que no estoy haciendo nada, o no digo nada si me quedo dormido.

Ella se ocupa de mí, pero tiene trabajo. Escribe para un periódico, una, dos, tres notas diarias. Me toma la temperatura, me da las medicinas, corre a verme si la llamo, me besa y a veces se entretiene un rato conversando conmigo.

Le gusta escribir y leer. Por eso me ha llenado el cuarto de libros. A mí también me gusta leer. Ahora lo entiendo. La lectura alivia la pesada carga que represento para ella.

Pero hoy, me refiero a ese día hace veinte meses, cuando apareció Emilio con su exótica blancura, no quiero ver libros, ni jugar con la imaginación. Hay un chico de verdad en la huerta ¡y yo aquí encerrado!

No podía dejar de pensar en el chico de blanco. Quería decirle que había unos mangos agusanados. Ese año no les habían puesto el insecticida a tiempo. Los gusanos se entierran en el

sucio \ se iiiumn o un '.c en < 11 u si tiansfoi man, pero dejan sus huevos enterrados \ al ano siguiente salen a vivir de nuevo del mango. De esa variedad nada más. Los otros arboles están buenos y resisten la plaga.

De pronto, un golpecito en los cristales de la puerta que da a la terraza. Había alguien fuera.

Pude abrir porque la abuela no pone seguro. Hay un escalón por el cual no podría subir yo solo la silla de ruedas, y por eso no se preocupa de cerrar con llave.

—¡No temas! apareció el chico de blanco—. ¡Sandokán al rescate!

Salté de emoción al verlo y al escucharlo.

Había dejado en algún lugar el sombrero de explorador y lucía una magnífica cabellera negra rizada. Era blanco de tez, pero muy quemado por el sol.

—Amigo Yáñez, estás libre. Ahora mismo te sacaré de aquí.

Estiré la mano para saludarlo y él la estrechó con efusión.

-Me llamo Manuel dije.

- ¡Yáñez! -corrigió Sandokán.

Paseaba la mirada por toda la habitación, y él mismo no se estaba quieto en ninguna parte. Yo lo miraba divertido, pero cuando dio coft el ar mario y abrió una de las puertas, recordé mi

condición de inválido y me puse triste y me mordí los labios, temeroso de que al descubrirla el visitante sufriera la gran decepción. Quizá tenía diez años como los que yo tenía entonces, pero su mirada brillaba como nunca he visto la mía brillar ante el espejo. Era un muchacho muy recio y ágil. Pisaba firme, sus pasos resonaban en toda la habitación.

La abuela gritó:

—¿Qué haces⁹

—¡Estoy jugando! —respondí de inmediato.

En ese momento el chico había encontrado unos pañuelos y se ponía uno en la frente y me tiraba el otro para que me lo pusiera igual.

—¡Vámonos! —exclamó avanzando decidido.

—No puedo... —le señalé mis piernas, apenado.

—¡Ah, mi querido Yáñez, veo que el truhán no sólo ha usurpado el trono que a usted le pertenece, sino que lo ha reducido a este lamentable estado! No se apure, encontraremos el antídoto preciso...

Antes de que yo pudiera decir algo, se puso detrás de mí y empujó la silla de ruedas.

—Al revés —dije contento.

Y no tardamos en salir a la terraza.

—¿Ahora, cómo bajamos, señor Yáñez?

— Primero la silla de ruedas y luego yo... —se

me ocurrió, temblando de emoción—. Hay varias cuerdas por ahí —señalé la puertecilla de un cuarto de herramientas que daba a la terraza—. La más larga es la cuerda para las piñatas, cuando vienen mis primos en Navidad.

BA,É por mis propias fuerzas. Mis manos se desgarraron con la sogá, me quedaron sangrando y ardiendo, pero oculté el hecho, porque Emilio, así dijo que se llamaba antes de lanzarme yo al vacío tras la silla de ruedas, se mostraba esplendoroso a mi lado, sin agitarse por la escalada, sin dar muestras de temor por su atrevimiento.

Y yo quería parecerme un poco a él. Escondí también el miedo que me daba que la abuela nos descubriera.

Cruzamos como un rayo la huerta toda. Alcanzamos el portón que seguía abierto y marchamos a la búsqueda del árbol de *lilchis*.

—¡Ha desaparecido! —exclamó desconcertado Emilio-Sandokán.

Fue cuando supe que había llegado en bicicleta.

—Alguien ha visto el portón abierto y se la ha llevado.

—No, Manuel... El ladrón no se la ha llevado afuera... Mira las huellas.

El encanto del juego se rompió, el había dejado de ser Sandokan y yo Yañez. No podía seguir siéndolo si le roban a uno la bicicleta.

Seguimos las huellas, que yo no veía pero él sí, hasta el cerco de malla tapizado con enredaderas y cerezos del Brasil.

Allí estaba la bicicleta en manos de un muchacho rubio, más alto que Emilio pero de no más edad.

—¿Es tuya? —preguntó con descaro, dirigiéndose a Emilio—. Nunca había montado en una burra italiana, *Benotto*. No me parece tan buena como el camello que trae tu amigo. ¿Puedo dar otra vuelta?

—¿Camello? —preguntamos los dos.

Burra se dice a veces a la bicicleta. Camello, pensé, quizá fuera otra forma de nombrar una marca diferente o a una silla de ruedas.

El rubio no respondió, sino que se encaramó en la bicicleta y se fue pedaleando por una vereda entre los árboles.

Tuve la impresión de que aquel muchacho rubio nos había tomado el pelo y había escapado con la bicicleta, pero no tardó en volver a velocidad regular por el otro lado.

Entonces se acercó a la silla de ruedas y, alegremente, dejando la bicicleta en manos de su dueño, se puso detrás de mí.

—Esta sí es una nave del desierto —y comen-



zó a empujar la silla llevándome a la carrera—."*

¡Vamos rras los piratas del mar Rojo! Sígueme, sidi...

Emilio, montado en su vehículo, se apresuro a ir detras de nosotros.

iNunca antes nadie me había paseado a la ca rrera en la silla de ruedas. Era estupendo. Daba brincos en algunas partes del terreno, y en algunos planos y bajadas cobraba una velocidad de vértigo.

De pronto, lo que tenía que ocurrir pasó: tropezamos con un borde del terreno, la silla salió volando por un lado, y yo, su pasajero, por el otro. Acabé en el suelo en una posición que me permitió ver una escena terrible: la silla aterrizó a mi lado, dio varias volteretas siguiendo una zona despejada de árboles y malezas, y cuando cayó de pie lo hizo en una ligera bajada que concluía en un arroyo. Asi mi silla se fue rodando hasta precipitarse en la fuerte corriente de agua que cruzaba apenas por diez o quince metros dentro de la finca, antes de volver a meterse en otra propiedad privada.

El rubio y Emilio corrieron a alcanzar la silla de ruedas, pero la corriente era muy rápida, y fría. Antes de que se animaran a tirarse al agua, la silla pasaba, como resto de un naufragio, bajo la alambrada que divide los territorios.

—¿Estás bien, Josef ben Josef ben Azud ben lalha ben Ami...? —me recogió el rubio.

Tenía yo una grosería en la boca, aparte de una lágrima que había escurrido en mi cara.

—Déjame —casi grité.

El rubio insistió, quería ayudarme.

—¡Déjalo! —exclamó Emilio—. ¿No has oído?

El rubio se enderezó y quedó frente a Emilio. Se cruzaron sus miradas a pocos centímetros de distancia, cerraron ambos los puños y permanecieron así algunos segundos. El rubio aflojó las manos y sus puños se abrieron,

—Si no queréis, no juego —se encogió de hombros.

Emilio me miró. Yo escondí los ojos para no tener que responder.

—No queremos que juegues —informó Emilio.

—Bueno... —se alejó unos pasos el rubio. Me miró y dijo—: Siento lo de la silla.

Pero no se fue, se quedó a un lado frente al arroyo, mirándonos de reojo.

Emilio me llevo en brazos y me puso a orillas del ribazo.

Yo seguía viendo todo nublado, a través de los ojos húmedos. Mi silla de ruedas era... parte de mí mismo. La parte que yo creía que amaba más porque no me dolía nunca y porque además me permitía ir de un lado a otro y vencer los fantasmas que acosan a los desvalidos físicos. Y la había visto perderse a lo lejos entre la corriente.

—Ya te he dicho que no te queremos aquí... —
gruñó Emilio cuando reparó en que el rubio no se iba.

Habían medido fuerzas en el breve momento en
que se encararon, y aunque el rubio era poco más alto,
Emilio era más fuerte y temerario. Y ambos lo sabían.

—No me he quedado a jugar... —añadió el otro—,
sino a ayudar.

Respondí que sí a la nueva mirada de Emilio.

—Bueno, quédate.

--Me llamo Karl —se presentó.

¡L^I ECESII AMOS un barco para ir tras las ruedas del chico —aseguró Karl a modo de propuesta.

—Tienes razón —asintió Emilio—. Pero para hacer un barco necesitamos un hacha...

—¿Hacha...? —me limpié los ojos.

—Para tumbar este árbol. La madera de baobab es ligera y resistente y nos saldrá un barco muy marinero.

—¿Baobab? —me quedé mirando el árbol de mangos al que Emilio le había echado el ojo. Es cierto, parecía algo diferente de los demás árboles de mango que yo conocía, pero hasta entonces yo no sabía que en la huerta había un baobab.

Nos quedamos mirando lo alto que estaba, las ramas tan frondosas y robustas, y, de pronto, descubrimos dos caras que nos miraban desde arriba, entre el follaje.

—¡Eh, los de arriba! ¿Qué hacéis en nuestro baobab?

En las ramas del árbol se escucharon unas risas.
—¿Baobab? —respondieron—. ¿Llamáis baobab, pobres ignorantes, a un árbol de lord Glenarvan?
Emilio también rió burlón.
—¿Así llaman en tu rancho a los baobabs?
—¡Sube para que te cerciores! —clamó una voz.
—¡Anda, sube, éste es un lugar seguro! —urgió una segunda voz.

Ibamos a preguntar cómo diablos se sube a un árbol tan alto cuando un columpio comenzó a descender hasta el mismo suelo. Arriba, nos dimos cuenta, lo podían subir y bajar gracias a un sistema de poleas y a una manivela.

Me asombró esto. ¿Desde cuándo jugaban esos chicos en el más alto de los árboles de la huerta? Era obvio que aquel sistema de poleas no era improvisado.

—¿Habrá sitio para tres...? —preguntó Emilio tirando de la cuerda.

—¿Sois muy gordos?

—¡No, qué va!

—Bueno, entonces podéis subir los tres —respondió otra voz.

De inmediato estalló la segunda voz, más aguda que la otra, con una risita ahogada:

—Pero, uno por uno, ¿eh?

Emilio, con su pañuelo anudado en la frente, subió rápidamente y no tardo el columpio en estar de regreso.

Temblaba yo de emoción. ¡Subir al más alto de los árboles! Era mi sueño a los tres o cuatro años de edad, cuenta mi abuela. Quería yo alas para volverme pajarito, de eso sí me acuerdo, por que vi la película del rey Arturo cuando joven. Merlín lo volvía un animalito diferente cada vez. Mi *abue* me colgaba entonces de una barra de metal que había en el tendedero y yo me columpiaba unas pocas veces porque mis brazos no resistían mucho.

Me acomodé en el columpio con la ayuda de Karl, quien tiró de la cuerda para avisar que ya estaba listo el pasajero.

Y alí voy para arriba, ingrátido, aspirando el aire de las alturas, gozoso, olvidando que una parte de mí ha naufragado.

Y allá arriba me reciben dos caras extrañadas que me miden de arriba abajo. Les sonrío con ojos, labios, orejas, manos...

—El es Manuel —me presenta Emilio—. Y ellos son Julio —el mayor de todos, quizá ya tenía doce años— y Jack —un chico de ojos claros del mismo vuelo de Emilio.

Los saludo asombrado porque, además del juego de poleas, tienen arriba del árbol una plataforma de madera sobre la que han construido con ramas una cabaña aérea. Me acuerdo de uno de los cuentos de mi abuela sobre Juan Tonto y Juan Listo. Juan Listo le dice a Juan Tonto que suba la puerca al árbol porque se espera una inundación. Juan Tonto no escucha bien y sube la puerta de la casa. Me siento sobre la plataforma-puerta y veo como reciben efusivamente a Karl.

Julio y Emilio se juntan, parecen afines.

Karl y Jack hablan con entusiasmo del mismo programa de televisión y de las mismas cosas. Se nota que quisieran salir corriendo juntos a jugar a las canicas o a corretear entre los árboles.

Yo soy Juan Tonto, sentado en la puerta mientras pasa la inundación, hasta que Julio pone orden.

—Bueno, bueno, si vais a quedaros, nosotros mandamos en el juego —advierde.

Están en su territorio y nadie les disputa el mando.

—¿A qué jugamos⁷ —pregunto yo.

—Pues a lo mismo —responde Jack, socarrón—. A la cabaña aérea.

—Este es un árbol de lord Glenarvan —apunta Julio.

Todos asentimos. Yo estoy seguro de que es

un mango, Emilio de que es un baobab y Karl, que no distingue más que las palmeras y siemprevivas, no tiene una opinión al respecto.

—Bueno, ¿y qué más? —quiero saber.

Julio frunce el ceño y se lleva las manos a la

i

cabeza como diciendo que estoy echando a perder las cosas.

Jack se encara conmigo.

—¿Es que no sabes jugar?

Emilio me defiende:

—Es que acaba de perder sus dos piernas-rue- das.

—Sus piernas-camello —aclara Karl.

—Por ahora olvidemos las ruedas, no van con el juego —corta Julio—. Cuando pase la tormenta, haremos una excursión en su búsqueda.

—¿Tormenta? —iba yo a preguntar, pero Jack adivina mi intención y me corta la pregunta con su mirada azul.

—Aquí casi no se siente la tempestad —dice sin dejar de mirarme a la cara—. Saca un poco la mano del follaje y verás...

En efecto, cae tímida una gota de lluvia en mi mano, dos gotas, tres... Se animan las gotitas y caen cuatro.

Los demás me imitan.

—Ya casi para —dictamina Julio—. Si no

arrecia esta noche, tal vez mañana podamos bajar.

—¿Mañana? —voy a decir, cuando me acuerdo de los ojos de lack, y nada más suspiro acordándome también de mi abuela. Seguro que va ha preguntado ¿Qué haces, mi rey?-, y creyendo que estoy dormido se ha quedado tranquila escribiendo tejiendo-planchando-haciendo de comer, pero más tarde subirá a verme, a en derezarme la cabeza, a cambiarme el babero, a colocarme una almohada, en fin, y descubrirá que no estoy en el cuarto. Con estos pensamientos, no puedo jugar a gusto. ¿Cómo olvidarme de estas cosas...?

Busco a Emilio, él sabrá conducirme; pero Emilio ha trepado ramas arriba y hace de vigía. Tendré que entendérmelas solo.

Sobre la plataforma se extienden las provisiones: el morral de Emilio cargado de mangos verdes, de guayabas y de *litchis* en su punto, y una bolsa de sándwiches de jamón que han traído los otros.

—¡Es todo lo que queda! —informa Julio.

—Apenas para una muela —responde Karl.

Emilio baja a participar del almuerzo con nosotros.

—Creo que tenemos que sortear el puesto de vigía. Yo me he pasado todo el tiempo allá arriba, en plena tormenta, y ahora que ha cesado,

el peligro es menor y puede subir cualquiera de vosotros.

—¿Yo también? —quiero preguntar. Me de tiene lack, ahora tocándome el brazo con su mano.

—¿Tienes un lápiz...? —me pregunta.

En efecto, en el bolsillo de la camisa llevo un lápiz. Se lo doy a Jack. Este traza cuatro líneas sobre una hoja en blanco y explica:

—El que saque la línea más larga, ése gana —y nos da a escoger.

Tengo el presentimiento de que voy a ganar yo, de que voy a librarme del miedo de tener que subir a la punta del árbol. Y cruzo los dedos para que la suerte me sonría. Y gano yo.

Los otros me felicitan.

—¡Arriba, pues! —dice Emilio.

Y es entonces cuando comprendo que el que ganara tendría la fortuna de hacer de vigía en ese turno.

Quiero gritar que así no juego yo, pero me detienen los ojos negros de Emilio, los azules de Jack y la mirada confiada de Karl.

—Sí, ya voy —comienzo a arrastrarme.

Soy la oruga que recorre las plantas de hoja en hoja. Me arrastro, me apoyo en mis brazos, me cuelgo de una rama, me abrazo a un tronco y columpio mi cuerpo inútil para descansar sobre otra rama. Y así voy trepando. Escucho las

voces lejanas de mis amigos. Ahora, que ya no se dan cuenta, sigo trepando y trepando. Las ramas se prestan para que me arrastre por unas, para que me descuelgue por otras, para que me oprima contra el tronco espantado de mi propia temeridad.

Por fin alcanzo la cumbre y me desplomo unos momentos. Cobro conciencia del corazón que salta en mi pecho, no sé si de miedo o de contento. Mi respiración agitada se calma poco a poco; mi vista, nublada por el sudor ¿o las lágrimas? del esfuerzo, se aclara. Y el aire mece la rama y me despeina y trae aromas de fruta y de tierra mojada.

De golpe, cuando creo que ha pasado una eternidad, distingo a lo lejos un espejo de agua. Un lago o un estanque. El arroyo que pasa por la finca desemboca en ese sitio. Allá tiene que haber llegado la silla de ruedas. Sí, allá está: es aquella cosa que brilla bajo el sol.

—¡Aquí, amigos! —grito emocionado.

Más tardo en llamar que los chicos en estar en lo alto conmigo. La rama se dobla, se bambolea como un juego de feria.

—Es un brillo metálico, ciertamente —confirma Julio.

Nadie está seguro de que sea una silla de ruedas. Distinguen bolsas de plástico, neumáticos y

un balde de plástico, lis una espej u di IMMIMIO aquel lugar.

No te apures, Manuel dice l.milm \i.i ñaña iremos a buscarla. No puede istai !t|<>s ts.i silla.

Karl me ayuda a bajar.



F

JLxSTOY en apuros.

Anochece v yo... Bueno, no se como decirlo Me da vergüenza.

Estoy contento, no importa que mi abuela me esté buscando a estas horas, ni que se pierda la silla de ruedas. No me importan las manos des carnadas, ni la altura que marea si miras abajo, ni la voz enronquecida de tanto hablar y gritar Estoy jugando de verdad y con amigos de ver dad.

Emilio es muy cálido; Karl se ha acercado a mí con ánimo protector. Jack se muestra muy picaro y socarrón, pero sé que le simpatizo. Julio asume el papel de capitán y también me mira con alecto.

Pero estoy en apuros.

Y no se como decirlo ni a quien.

Yo nunca supe que Sandokan, ni Yáñez, ni lord Glenarvan, ni siquiera Roberto Grant...

Bueno, el caso es que va no me aguanto v se lo digo a Emilio.

t• miln* mi da .1 entender que estamos entre inii^"
cj 111 rodos somos varones v que es l<' ma'' natural del
mundo. Eso va lo se. Lo que H1111« qui enrienda es que
necesito ir a mi cuar r<> pai a pasai al baño No resisto
mas.

Si nala el aire, un rmeon oculto tras 1111 tronco \ el
Mirlo iha|o.

¹ oiik los pajaritos aconseja.

((>>m< ■ l<^ pajaritos¹ . me repito divertido. ,<)h
es algo que nunca se me había ocurrido
1 imitado en mi cuarto, en mi silla, en la térra /a. 111
siquiei 1 poi los comentarios maliciosos de mis primos'

Sí. anocheee. La tormenta ha dejado el cielo limpio
v brillante. Poco a poco se van ericen diendo las
estrellas.

¡Mirad, mirad lo cjuc digo! —señala Julio,
emocionado ¡Aquella constelación! ¿Os dais cuenta de
lo que significa?

¡Una cruz¹

¡La Cruz del Sur!

¿Veis⁷ Significa que estamos en el hemisferio sur
y no en el norte.

Yo ya había visto, al lado de mi abuelo Paco, la
Cruz, del Sur surgiendo en el horizonte. Todos los
años, durante tres o cuatro meses, se ve aquí en esta
ciudad. Pero ellos son de fuera v poca gente sabe cjuc
a la latitud de 18 y 19 grados norte, la Cruz del Sur es
visible. Además, el juego era asi. Yo también exclamé
asombrad»..

—¡Entonces estamos en América del Sur!

—O en el sur de Africa.

—O en Australia.

—O en una isla del Pacífico.

—O del Atlántico.

—O del mar Antártico.

—Da lo mismo, mientras no podamos bajar del árbol de lord Glenarvan...

Iba yo a preguntar ¿y por qué no podemos bajar...?, pero yo mismo me respondí: porque el juego de la cabaña aérea no había terminado.

La noche nos envolvió con su cantos de cigarras y grillos y otros extraños ruidos de insectos.

Julio me cedió el lecho que tenía para él y se fue a hacer uno junto a Emilio. Los oí hablar buena parte de la noche. Una vez que callaron, me entretuve en contar la respiración profunda de Karl, dormido en una rama por encima de mí. Me pasé la noche despierto, admirado de que la oscuridad fuera tan fresca entre las ramas del árbol. ¿Qué dirían mis primos si me vieran? Ellos levantan una tienda de campaña frente a la terraza de mi cuarto y pasan ahí la noche jugando. Si creen que los estoy mirando por la ventana, se mofan y burlan.

La abuela se dio cuenta una vez y se enojó con ellos. Mandó que pusieran la tienda de campaña más lejos, donde no escuchara yo sus voces.

¡Que me viera ahora mi abuela, y que me vieran todos, en la cabaña aérea!

Por fin el sueño me atrapa y cierro los ojos.

Los abro sorprendido por la claridad del amanecer.

Los vuelvo a cerrar, temeroso. ¿Fue todo un sueño? ¿Estoy en mi cama? ¿Me quedé dormido en la silla de ruedas? ¿O es verdad que estov en la cabaña aérea? Presto atención: no hay un ruido ni una sensación especial que me permita saberlo. Jack, ¡oh, Jack, qué bien que estás aquí! Sí, es Jack que silba.

Emilio exclama algo en respuesta.

Julio ordena que todos se levanten.

Karl remolonea en su lecho.

Me atrevo entonces a abrir los ojos y tengo que agarrarme de la tabla, porque estoy en la misma orilla de la plataforma. Retrocedo, empujándome con los brazos. Qué susto me he llevado.

Tras eso, qué alegre despertar. También los otros están contentos, animosos, resplandecen de entusiasmo.

Julio saca de una mochila cuatro yogures.

—Ahora sí: es lo último que queda.

—No importa —asegura Emilio—, aquí a la vuelta hay una tienda. Luego vamos por más.

Desayunamos parcamente y nos preparamos para descender del árbol de lord Glenarvan. Jack

protesta porque no tiene un pañuelo como el mío para ponérselo en la frente y participar en la expedición. No acepta el que le ofrezco, ni menos el de Emilio (que no se lo ofrece). Y ya que estamos abajo, junto al arroyo, le digo que puede ir a mi cuarto. Tengo una docena de esos pañuelos en un cajón del armario.

— Iré si me acompañas.

— Id, mientras nosotros preparamos una balsa.

Me cuelgo a la espalda de Jack. No es tan robusto como Emilio; ahora siento sus huesos, su cuerpo flaco. No parece de la misma condición social de los otros.

—¿Te dan permiso para jugar aquí? —le pregunto cuando llegamos bajo la terraza.

La cuerda sigue en su sitio. Mi abuela no la ha visto, si es que me ha estado buscando.

—Pedí permiso para pasar un par de días en casa de Julio, y Julio pidió permiso para pasar unos días en la mía. Bueno, en la casa de nuestros parientes. Así podemos correr una buena aventura por nuestra cuenta sin preocuparnos de nuestros confiados padres.

Trepa Jack llevándome colgado de su cuello y hombros.

—No pesas nada —asegura, pero yo siento su respiración agitada.

En la terraza no hay nadie, ni en mi cuarto. La puerta sigue abierta, como la dejamos ayer.

La cama está deshecha, no me acuerdo si yo la deshice.

Y hay un pañuelo tirado fuera del armario.

—Apresúrate —le pido a Jack.

Tengo miedo de que mi *abue* escuche ruidos y nos descubra.

Jack recoge los pañuelos y sale corriendo.

—¡Vámonos, pues!

Y volvemos a descolgarnos por la cuerda.

La jungla negra

¡AHORA sí, todos tenemos un pañuelo como José María Morelos y Pavón.

—¡Como piratas! —dicen los otros en coro.

Y una balsa.

—¡Un barco! —corrige Karl.

Emilio es el que manda en este juego. Karl y Julio manejan una larga vara para conducir la embarcación.

Jack me pasa el brazo por los hombros mientras la balsa, digo el barco, va por el río. Y Emilio va describiendo, para gozo nuestro, la aventura. Así me entero de que nos internamos en la jungla negra y que las lavanderas con las que a ratos nos tropezamos son espías *thugs*, adoradores de la diosa Kali.

Un tigre nos sigue por la otra ribera y procura mantener lejos a los *thugs*. Es un tigre amaestrado, amigo nuestro. Nos acompaña hasta donde las aguas del río se funden con el estanque. Ahí se queda esperando nuestro regreso, mientras nosotros comenzamos a explorar el estanque. La si-

Ha de ruedas pasa a segundo término cuando descubrimos los peces enormes que pueblan las aguas más profundas.

Jack y Emilio se desnudan y se lanzan a nado hasta la orilla. Julio, Karl y yo nos dedicamos a la pesca con variable fortuna. Yo saco un pez muy grande; Karl, dos pececitos, y Julio, nada.

Jack y Emilio regresan para empujar la embarcación a la orilla y allí asamos los pescados. Nos quedan deliciosamente ahumados y los devoramos en un *pispas*. Julio y Karl tienen que salir un momento de la aventura para ir a comprar refrescos y una lata de sardinas, para completar el almuerzo.

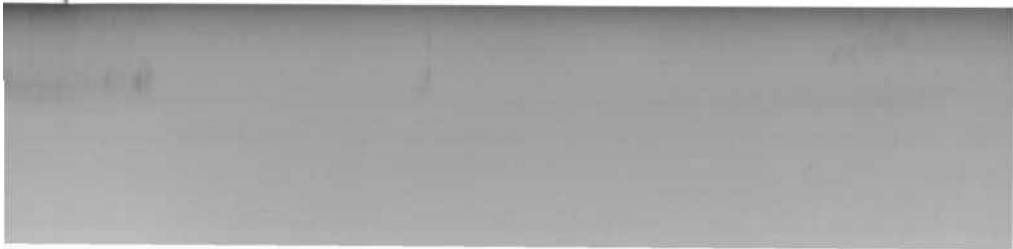
De la silla, ni rastro.

El resto de la mañana lo pasamos explorando cada rincón del estanque. Hay neumáticos, cubos, baldes y bolsas de plástico, botellas de vidrio...

Por la tarde nos damos por vencidos y comenzamos a bogar de regreso, penosamente porque es contra una corriente muy rápida.

Vamos todos tristes. El juego ha terminado. Emilio saluda a las lavanderas; el tigre amigo ni siquiera se menciona.

Ya casi arribamos a casa, estamos entrando a la finca vecina. Me da tristeza que mis amigos estén tristes. Sólo mi *abue* se pone triste así por mí. Los demás me miran como un estorbo. Por eso me saltan las lágrimas de los ojos, no



porque mi silla se haya perdido, sino porque mis amigos se han puesto tristes. No me gusta eso. No me importa ya la silla de ruedas. Estornudo una vez, luego otra. A lo mejor me he resfriado.

El río se estrecha y la fuerza de la corriente aumenta. Hace falta que todos ayuden, unos con las pértigas, otros alejándose con las manos de las orillas.

Karl se sacude la tristeza y comienza a cantar algo como de Strauss. No sé qué es porque Karl desentona. Yo escucho música clásica y reconozco a tres o cuatro compositores, a Mozart y a Vivaldi, principalmente. Ha empezado, pues, a cantar, y cuando quiero reconocer la melodía Karl calla y da un tremendo grito:

—¡Silla de ruedas a babor!

—¿Babor? —miramos unos a la derecha y otros a la izquierda.

Y, atorada en la orilla, está mi silla de ruedas. Se ha detenido poco después de salir de nuestra finca. Atorada junto a un enorme ramillete de juncos verdes cargados de flores blancas fragantes, muy similares a orquídeas.

—Es la flor típica de Hawai —comenta Julio.

—Es la flor típica de las islas Antillanas —rectifica Emilio.

—Es la flor típica de estos lugares —digo yo cortando la discusión. Y todos acaban por admitir que tengo razón—. Los nativos la llaman bugardenia —añado.

La silla de ruedas tiene una abolladura nada más. Los muchachos la limpian del fango, la secan, la dejan como nueva. Los cuatro resplandecen de gusto.

Julio me abraza.

—Quiero verte de nuevo, Manuel... En las próximas vacaciones.

Yo tengo vacaciones todo el tiempo. La maestra que tenía ha dejado de venir porque ya he acabado los seis cursos de primaria, un poco adelantado de edad, y ahora no puedo pasar a secundaria especial. La abuela no tiene para pagar a varios maestros, y a mi edad no me admiten en la secundaria abierta.

También Jack me abraza. Siento su cuerpo recio apretar el mío. Le pregunto si va a venir a verme alguna vez.

—Seguro —responde—. Todos los años la familia pasa aquí las vacaciones.

Karl hace cuentas con los meses. Se despide de mí como los otros y hace una promesa.

—Si coincidimos los cuatro en las vacaciones de fin de año, aquí estaremos contigo.

Emilio se pone tras la silla de ruedas y empieza a empujar.

—¡Cuidado! —grita Karl.

Ha escuchado un rugido extraño. No es el tigre que nos acompañaba, no: es algo mecánico. Un coche, o mejor dicho dos coches que entran por el portón, uno tras otro. Son los tíos Bene y Vena, es decir, Benedicto y Venancio. Algo gordo pasa para que ellos, siempre tan ocupados, vengán a la finca de la abuela.

Nos ocultamos tras unos arbustos, dejamos que pasen, que entren a la casa y, entonces, vol vemos al punto en donde nos quedamos.

Emilio empuja la silla de ruedas hasta quedar bajo la terraza de mí 'cuarto. La tarde se está yendo.

No sé qué le voy a explicar a mi *abue*. No quiero que eche la llave de la puerta y esconda las cuerdas en otro lado. No quiero que me prohíba ver a mis amigos.

—¿Puedes solo? —me pregunta Emilio con la soga en la mano.

—Sí —me atrevo.

Y me agarro de la cuerda y voy subiendo poco a poco, colgando en el aire mis piernas de alambre, las manos deshoiladas, los labios apretados. Por fin alcanzo la balaustrada y ahí espero a

Emilio. Y luego entre los dos subimos la silla de ruedas.

— Me voy yo también —me deja Emilio en el cuarto con todo y silla—. ¡Cuidate mucho, Manuel!

— Tú también cuidate —lo abrazo largo tiempo, no quiero soltarlo.

El cansancio, cuando me he quedado solo, me vence en forma de sueño. Creo que tengo fiebre. La frente me arde como si el sol me siguiera dando en la cara.

Ya pasará, me digo. No son más que las emociones pasadas.

La abuela acomoda la almohada bajo mi cabeza. Oigo voces.

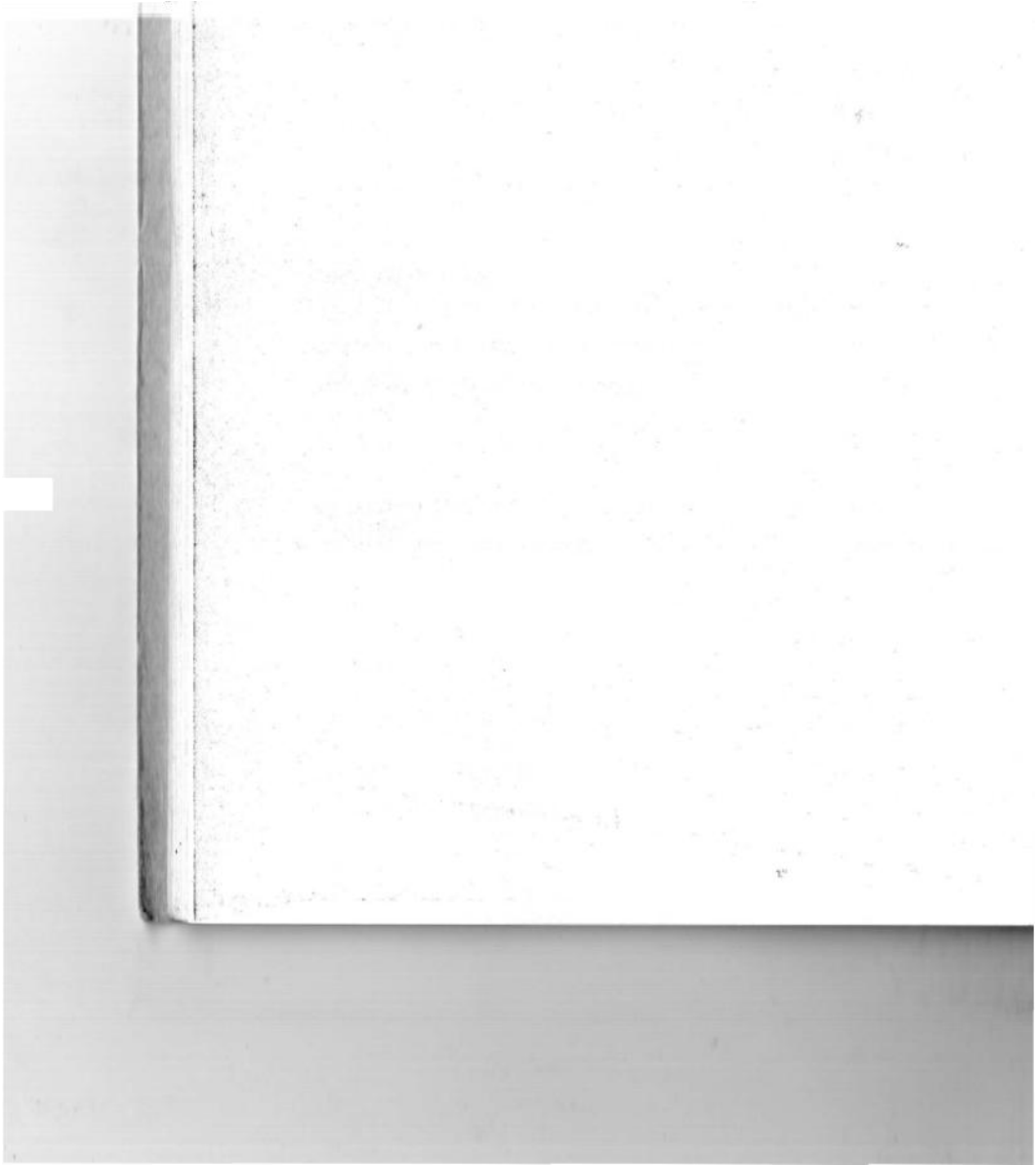
Abro los ojos.

El doctor Beristáin, mi *abue*. los tíos Bene y Vena sostienen una conversación en mi cuarto.

Hola, hijito... —mi abuela descubre que he despertado—. ¿Cómo te sientes?

—Bien —respondo.

Me toca la frente, se sonrío, y yo también le sonrío, pero no sé si voy a compartir mi aventura con ella.



Mi abuela no está ahora. Le toca quedarse diez días en el hospital, por eso están aquí todos sus hijos. Los tíos Bene y Vena y las tías Fanny y Alba. Y los tíos Hilario y Ernesto, esposos de mis tías.

Yo la extraño mucho.

A mamá no la conocí, tampoco a papá. Sólo he tenido abuelos, aunque mi abuelo Paco falleció hace un año. Vivimos solos mi abuela y yo, pero ahora, desde hace diez días, viven aquí todos sus hijos, menos papá, y me siento más solo que cuando estamos nada más los dos.

Me inquieta tanta gente de la familia.

Me intimidan sus fiestas, sus reuniones. Cuando los mayores se dan cuenta de que estoy presente. me miran de reojo y cuchichean. Si se fijan abiertamente en mí, me compadecen a gritos. Si estoy demasiado cerca, me rehuyen. A los chicos muy chicos les causo miedo y repulsión. Babeo mucho, por eso uso babero, y a veces en mi rostro se contrae un músculo que me obliga

a hacer una mueca grotesca. Los mayores se burlan de mí. O se avergüenzan y me ignoran. No como todo lo que ellos comen; no pienso igual. Soy tan diferente...

J

Mi *abue*, en cambio, me llena de caricias. Me lee cuentos, me compra libros, me pone música de Mozart. Dice que uno se hace más inteligente con esa música. Yo lo soy, asegura ella, pero añe de que a nadie le hace mal un masaje musical.

Hace tiempo me ponía algunas películas en el vídeo, pero ya no se encuentran películas del formato *beta*, y mi *abue* dice que no puede comprar un aparato del otro formato.

La extraño. Pregunto por ella a la tía Fannv; también a la tía Alba.

Ellas se parecen mucho a mi abuela. Las quiero a las dos, aunque ellas no pueden quererme como mi *abue*. Viven tan lejos, en Costa Rica, que las he visto sólo tres o cuatro veces en toda mi vida. Sus hijos han sido menos groseros que los otros y creo que me aceptan como primo. Uno de ellos, Paquito, se empeñó una vez en subirse a mi silla de ruedas. Me hizo gracia y le dije a mi abuela que podía prestársela un ratito.

Su padre, cuando se enteró de que anduvo dando vueltas en mi silla, le riñó y yo me sentí mal toda la tarde. Soy así; una idea se me queda fija en la cabeza y no puedo quitármela durante mucho tiempo.



Fue en ese mismo diciembre.

Esa vez rompieron una piñata y mi *ahue* quiso que yo estuviera presente. Cuando me vieron mis primos, pidieron a coro que yo le diera a la piñata. Me vendaron los ojos, me dieron un palo e intenté pegarle con todas mis fuerzas. ¡Oh, que terrible! Bajaron mucho la piñata, la pusieron casi sobre mis piernas sin que yo me diera cuenta y ¡paf!, con la fuerza del golpe, me fui de bruces fuera de la silla. Como la piñata estaba tan cerca de mí, me quede encima de ella, enredándose con las golosinas. Yo no peso nada, y el tío Enrique, primo de los hermanos de papá, tiró de la cuerda de la piñata y yo me quedé en el aire, manoteando aterrado.

Las carcajadas apagaron mis gritos.

El resto de las fiestas navideñas lo pasé encerrado en mi cuarto. Ni siquiera quería salir a la terraza durante el día. Ni saber nada de los primos, los tíos, los parientes. Nada más de mi abuela.

Hoy que no esta en casa, ¿que va a ocurrir cuando empiecen las fiestas?

LAS piñatas de las fiestas de las posadas se rompen cerca de la terraza de mi cuarto en un rectángulo de cemento que originariamente estaba destinado a la piscina que nunca se construyó. Creo que ahí se hacían las piñatas desde que mi padre era pequeño. El caso es que desde mi ventana y, mejor aún, desde la terraza, puedo ver toda la escena y divertirme tranquilamente desde lejos, sin exponerme demasiado.

Pero el año pasado, después de quedarme colgado como la piñata, me encerré en mi cuarto, apagué la luz y puse música a un volumen suficientemente alto como para apagar el griterío que llenaba el rectángulo de cemento.

Mi *abue* subió a verme. Me dejó una bandeja con dulces, tejocotes y cacahuets, y una jarra con limonada. Inmediatamente salió; la querían a ella en la fiesta sus hijos y nietos.

Me quedé sumido en tinieblas.

De golpe, se hizo la luz.

Karl, mi amigo Karl, aplastaba su cara contra el cristal de la puerta que da a la terraza.

Corro **a abrir**.

Enera Karl y **con él entra el fastidioso** «dale, dale, dale» **que rodea los** esfuerzos de alguien por pegarle a la **piñata**. **Cierro rápidamente** y **enciendo la lux**. No lo **puedo creer**.
¡Karl en **persona**?

Trae dos **canastas de comida** y los bolsillos **del** pantalón cargadas de jicamas y cacahuete».

— **Creí que estabas en la piñata...** —explicó.

— No, esas cosas no me **gustan** —respondí.

—Pues a nú me **gusta** mucho intentar ganar toda la fruta y los **dulces...**

No se lo pinedo criticar. Me encopo de hombros.

—¿Te han viseo? **¿Qué han** dicho?

—Me he confundido con **ei** mundo de chicos **que** hay ahí y nadie **me ha dicho** nada.

—¿Y nadie se ha visto subir a la terraza?

—No, he trepado en el momento en que un **chico** gordote iba a **darle a** la piñata.

—Y los demás, ¿van a venir?

—No sé, ¿no **están allá fuera** cantando leta nías? O no han llegado, o nos están esperando **en** algún lugar, o quizá no **puedan** venir...

—Es de noche. ¿Vamos **a jugar** de noche?

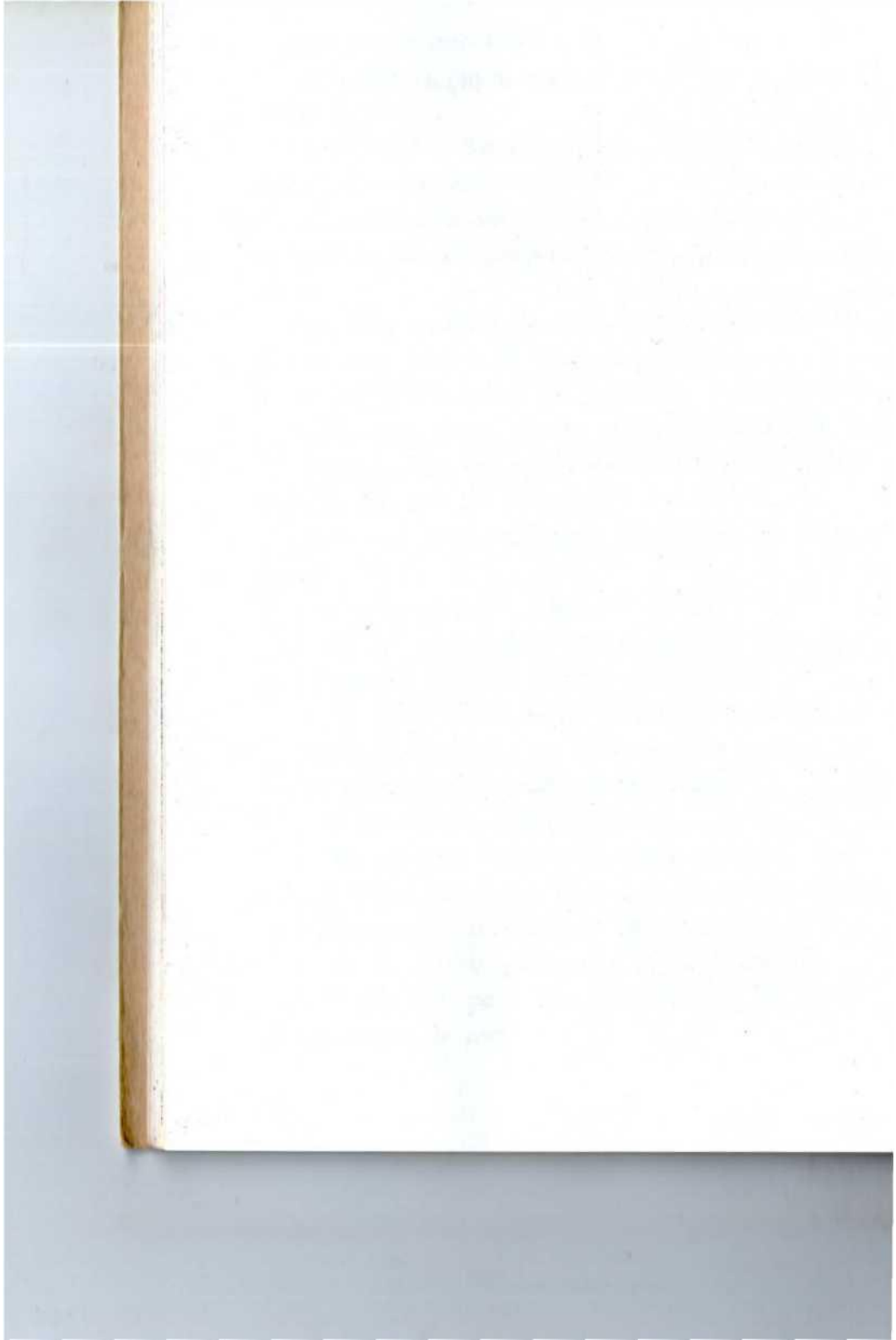
— Fuera no, pero aquí dentro sí. ¿No tienes **algún** juego de **mesa**?

—No, eso no, Karl. Vamos a jugar como la otra vez.

—¿Sabes jugar al castillo azteca?

—Claro.

Toda la noche correteamos por el cuarto; lo ponemos de cabeza, y sólo después de la medianoche caemos rendidos.



— **61** ¿ate has despertado, mi niño? —grita la abuela desde abajo. Le duelen las piernas y evita subir las escaleras siempre que puede, aunque si yo la llamo no tarda en subir corriendo.

—Es muy temprano —protesto adormilado.

—Descansa otro rato y luego subo para que te bañes y desayunes.

Me enderezo bruscamente.

Karl duerme como un tronco. Tengo que moverlo para que despierte.

— Mi abuela va a subir a arreglarme. ¿Que le decimos si te ve?

— Lo que se nos ocurra. A lo mejor sabe jugar como nosotros.

Me río.

—Va a querer que tu te bañes también.

Karl se pone serio.

—¿Es obligatorio darse un baño? —pregunta, alarmado.

—Todas las mañanas —asiento.

—A ver: ¿si anclas en una caravana en el desierto...⁹

—¿Que quieres decir...?

—Que hoy no me baño yo.

—Ni yo —aplauo.

—Entonces, vámonos de una vez.

— Si, antes de que suba mi abuela.

Cuando acabamos de bajar al patio, logro escuchar muy distante una voz que dice:

—¡Manuel, ya es hora de levantarse! Manue lucho, ¿no me oyes?

Karl empuja la silla a la carrera en dirección al árbol de lord Glenarvan. Tenemos la vaga esperanza de que allá arriba estén los otros.

Karl no sabe empujar mi silla más que a la carrera y, pese a lo ocurrido la primavera pasada, voy contento sintiendo la velocidad, agarrado a la silla con todas mis fuerzas.

Por fin estamos ante el tronco del árbol que sostiene la cabaña aérea. Arriba no se ve a nadie. No hay huellas de actividad alrededor del árbol.

—¡Aquí, Karl, Manuel! —alguien nos llama desde lejos.

Es Jack, en el fondo de la huerta, por el lado de la malla donde conocí a Karl. Y junto a Jack, creo reconocer a Emilio y a julio.

Karl, ahora lo veo claro, es el más joven de los cuatro. Se ha quedado casi de la misma estatura que tenía el año pasado, en tanto que los

otros han crecido más. Julio esta muy alto y Jack ha engordado, mientras que Emilio ha alcanzado a Karl en estatura y ello hace resaltar el rostro añorado del rubio.

¿Como me verán ellos a mi? Anoche, antes de que llegara Karl, y tal vez a consecuencia del incidente de la piñata, sentí que se me iba a contraer el musculo de la cara que me deforma. Hoy me siento bien. Al lado de ellos me siento mejor que nunca.

—No hay tiempo que perder —explica Julio apenas los saludamos con alegría—. Teníamos que haber empezado ayer, pero —se lleva la mano a la cabeza— se atravesó esa piñata por medio...

—Mejor dicho —intervino Jack—: te atravesaste tu en el vuelo de la piñata.

—¿Estás bien? —pregunte. Ya he visto esos golpes.

—Sí, pero eso impidió que Jack y yo llegáramos ayer... ;Y ahora tenemos el tiempo justo para participar en esa competición!

—¿Que competición? —exclamo yo.

Jack me mira desconsolado. Mueve la cabeza y cede la palabra a Emilio.

—¿No lo sabes? Todo el pueblo lo comenta. Hasta salió en los periódicos.

—Sólo leo la columna de mi abuela en el diario local.

—Pues si le hubieras dado la vuelta al diario de hace tres días, detrás de la columna de tu abuela habrías visto la convocatoria para la competición de sillas de ruedas.

—¿Qué? —exclamo, y no me importa que Jack se lleve las manos a la cabeza porque no se seguir el juego—. ¿Una competición de sillas de ruedas? ¿Eso estáis diciendo? Pero... si... ¡mi silla es la mejor de todas! ¿Para qué hacer una competición?

—¡La mejor de todas! —Jack se burla—. Eso hay que demostrarlo.

—Es lo que pretendemos hacer —dice julio.

— ¿Y cómo? —pregunto.

—Le vamos a poner alas.

TODO el santo día estuvimos trabajando con mi silla de ruedas.

Nos metimos en un cuarto que a mi abuelo, antes de su muerte, le servía de taller. Polvoriento y abandonado, conservaba un sinnúmero de herramientas que nos resultaron muy útiles.

Antes de que el sol se hundiera tras los cerros, habíamos terminado con la pobre silla. Ahora parecía un aeroplano de juguete, una cometa, una máquina voladora de lo más extraño, un verdadero artefacto.

—¿Y dónde la probamos? —hizo alguien la pregunta que más temía yo.

—¡En la azotea, claro! —exclamo Julio tranquilamente.

Y allá vamos, a la azotea.

Tres chicos cargan la silla de ruedas y otro, Julio, me carga a mí.

Jack protesta ante las incomodidades de una escalera de caracol porque Julio es el más grande y es el que menos esfuerzo hace.

—Yo llevo al piloto de pruebas —aclara— ¿No hay que tener más cuidado con él?

— ¿El piloto? —quiero preguntar a pesar de la mirada acerada de lack. Pero hoy sí que no me atrevo a hacerlo por temor a la respuesta.

¿Yo, el piloto⁷? ¿He oído bien? Durante el largo ascenso por la escalera de caracol voy temblando de pies a cabeza. ¡Si, hasta siento las piernas, normalmente insensibles, que se me llenan de sangre y laten al unísono con el corazón! Y cuando llegamos arriba, estoy como sonámbulo.

Me dejo acomodar en la silla voladora, escuchando las instrucciones que da Julio, y no reacciono hasta cuando Emilio y Jack sostienen el artefacto aquel, listos para el lanzamiento usando el tejado a dos aguas como si fuera una rampa.

Voy a decir que no he hecho mi testamento y que no me gustaría que mi primo Hugo, el gordote que rompe siempre todas las piñatas, heredara mi colección de libros de aventuras. Pero ni siquiera puedo abrir la boca cuando ya me lanzan en picado.

Me aferró con todas mis fuerzas a la silla. Cierro los ojos por un momento y, cuando los abro, voy por el aire directo a estrellarme contra el suelo. Angustiosamente, doy un tirón a una cuerda que Julio ha atado a mi mano, y estalla el ruido de un motor eléctrico. ¡Si mi abuelo se entera allá en el cielo de que lo hemos quitado de una de sus podadoras, va a ponerse verde!



La silla sigue en picado, pero más deprisa, lanzándose contra el suelo. Cuando está a una décima de segundo de estrellarse, algo se mueve en las alas y éstas logran levantarse un poco de modo que, en lugar de chocar, consigo aterrizar milagrosamente. Respiro aliviado. La silla va a la carrera por una vereda entre los árboles. Debería disminuir su velocidad, pero no entiendo por qué se acelera más y más. Voy a estrellarme contra el portón (¡chin, lo han dejado cerrado esta vez!).

—¡Elévate, elévate! —gritan entretanto mis amigos.

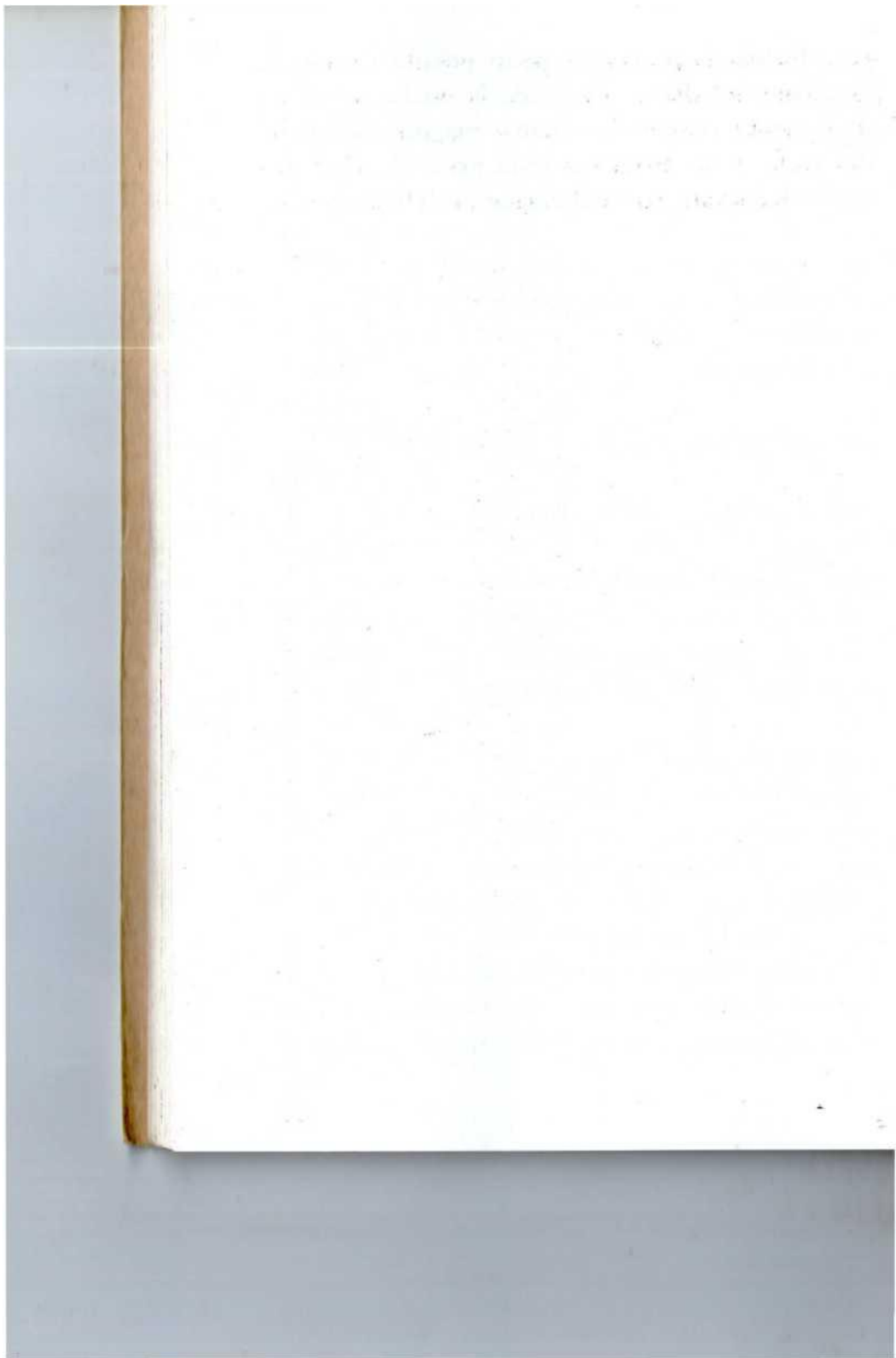
—Como si fuera tan fácil —digo moviendo una palanca.

Y la silla se eleva bruscamente. En ese instante comprendo el mecanismo. Un tirón hacia arriba mueve las alas en un ángulo que le permite elevarse. Un empujón hacia abajo produce el efecto contrario.

De todos modos no es fácil volar por primera vez en una silla de ruedas. Voy dando tumbos de aquí para allá. Vuelo como un abejorro asustado y paso rasante sobre el techo de la casa, donde mis amigos se tiran sobre la azotea para que no me los lleve de corbata. Y cuando creo que voy a estrellarme contra las ramas del árbol, hago un perfecto aterrizaje en la cabaña aérea.

Allá abajo mis parientes se están organizando

para formar la procesión, pedir posada y piñata del día, es decir, de la noche, y cuenta cuando los cuatro magníficos bajan se dirigen a toda prisa al árbol de lord Glen colmarme de felicitaciones.



ÉN la plataforma aerea de Juan Tonto, como la llamo yo, Julio revisa la silla voladora v se dispone a hacer algunos arreglos, jack, que sabe hacer de todo, le ayuda mientras los demás, col gados de las ramas vecinas, los rodeamos curiosos con ganas de colaborar en algo.

—Son los últimos ajustes —dice Julio.

Hemos pasado una noche fenomenal. Tras mi providencial aterrizaje, cantamos a todo pulmón canciones marineras para acallar las canciones de pedir posada que nos llegaban de todos lados. Después, nos contamos cuentos de terror y nos metimos tanto miedo que acabamos los cinco muy juntitos. Al final hicimos planes para el dia siguiente. De las seis a las siete, tomar yogur con galletas; de las siete a las nueve, Julio y Jack harían unos arreglos a la silla voladora; de las nueve a las diez deberíamos trasladarnos a la Unidad Deportiva para estar temprano en la competición, que comenzaba a las once. Tam bien quedamos en que, si ganábamos, nos repar



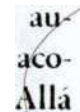
ciñamos el premio en parres iguales; pero si no alcanzábamos mas que el segundo lugar, entonces yo me podía quedar con todo el premio, una enciclopedia para mi solo.

Todo -alia bien. Los arreglos al artefacto volador lo hacian más fácil de maniobrar, teniendo en cuenta que yo no puedo usar los pies ni las piernas. Lo malo empezó cuando salimos de la finca y quisimos que alguien nos llevara al centro de la ciudad. A pesar de que habían desmontado las alas, de todos modos ocupábamos mucho espacio.

Por fin, casi a las diez y media, llego un autobus del servicio publico y permitió que modáramos la silla y las alas sobre el techo, arriba se fue Jack, para cuidarlas; los demas fuimos sentados en el interior. Nos bajamos a cuatro manzanas de la zona deportiva. Temamos que correr para llegar antes de la once.

Julio me cargo a mí y Karl se llevo la silla empujándola de modo experto con las alas sobre el asiento. Llegamos cinco minutos antes de la hora, cuando ya el oficial había cerrado el libro de inscripciones. No hubo problema para volver a abrirlo y apuntar a nuestro equipo. Quedamos registrados con el numero 17, pero había mas de treinta sillas de ruedas paseándose de aquí para allá.

Cuando me toco firmar un papel que decía





que contaba con el permiso de mis padres para participar en la prueba y que eximía a los organizadores del mismo de cualquier responsabilidad en caso de lesiones o de un accidente, vi el nombre completo de mis amigos junto al mío; pero como yo firmo al revés, poniendo el cuerno de cabeza, no pude leer más que Julio Gabriel U..., o a lo mejor era V o Y.

—Pasen a ocupar el lugar de salida diecisiete— nos dijo el oficial.

La cancha de fútbol había sufrido una singular transformación y ahora era una especie de circo de tres pistas. Las tribunas del estadio estaban casi llenas, en especial de familiares de los concursantes. Mi familia brillaba por su ausencia, pero de haberse enterado habría llenado media tribuna.

—Son cuatro pruebas, Manuel —explicó Emilio—. Si ganamos dos y quedamos en segundo o tercer lugar en las otras, probablemente seremos los campeones.

La primera competición era una carrera aire dentro del estadio.

El lugar diecisiete de salida estaba precisamente a la mitad. Los primeros puestos estaban ocupados por niños y niñas de menor edad que la mía y la de mis amigos; en los últimos lugares, los concursantes eran mayores que nosotros. Comprendí que teníamos una ligera ventaja

sobre los mayores; pero, por el contrario, los chicos menores nos adelantaban cinco, diez, veinte y hasta cincuenta metros, según fuera la diferencia de edad. ¿Podíamos darles alcance cuando la pista apenas tenía cuatrocientos veinte metros, sin un solo borde además⁹

Me acomodé en la silla de ruedas, Karl se puso detrás de mí y, a la señal de partida, salimos como el rayo.

Rápidamente adelantamos a tres o cuatro competidores. Con Karl empujando mi silla no tardamos en ponernos los primeros. Fue difícil pasar a la última pareja, los más jóvenes de todos, pero lo hicimos antes de los trescientos metros. Ya íbamos a tomar la curva final cuando vimos que un par de saetas venía tras nosotros. ¿Los competidores mayores nos iban a caer encima pocos metros antes de la meta!

—,Duro, Karl! —gritaba yo desesperado.

Karl apuro el paso y no se dejó pasar hasta que cruzamos los primeros la meta. Para entonces, las dos parejas que nos seguían de cerca iban tan rápidas que no pudieron detenerse antes de cincuenta metros.

Li Salto de longitud

La segunda prueba la hice al lado de Emilio.

Era una competición de salto y resistencia consistente en coger carrerilla durante diez o quince metros, tomar una rampa de 45 grados de inclinación y lanzar por ella la silla de ruedas con conductor incluido, a ver lo lejos que llegaba, si caía en buena posición, y si resistía el trompazo de la caída. Se consideraba el mejor salto de tres intentos.

Se hicieron tres grupos de competidores. Nosotros pasamos en cuarto lugar en nuestro grupo y Emilio pudo lanzar la silla de manera perfecta. Es un atleta de primera. Yo falle al abrir los brazos y oponer con ello un poco de resistencia, pero, aun así, con once metros justos, estuvimos en primer lugar durante mucho tiempo. Hasta que llegaron dos de los chicos mayores y rebasaron mi salto por cosa de treinta centímetros uno y cincuenta el otro.

En el segundo intento no conseguí mejorar mi marca anterior porque Emilio perdió el paso,

perdió el control y no pudo soltar a tiempo la silla, de tal suerte que salimos los dos volando juntos. Dos metros y ocho centímetros habría valido el salto si hubiera caído la silla de pie y no de cabeza.

En el tercer intento ya conocía a todos los competidores y no me importaba mucho perder ante ellos. Eran chicos y chicas como yo, pegados de por vida a su silla de ruedas. Venían muchos de ellos de pueblos y ciudades vecinas, y otros incluso eran vecinos de mi colonia. Se lo dije a Emilio, y Emilio, de quien no conocía más que el lado amable, se disgustó seriamente conmigo.

—Yo ya no participo más —dijo.

Intervinieron Julio, Karl y Jack para calmarlo.

— No puedo estar al lado de un perdedor.

—,Pero si no voy a perder! —exclamé yo—. Quería decir otra cosa. Esos chicos están esforzándose lealmente. Y lo reconozco. Pero no voy a dejar que nos ganen.

—Por un momento he pensado —confesó Emilio— que querías quedarte con la enciclopedia del segundo puesto.

—¡No! —chillé rabioso—. Lo único que quiero es compartir el primer premio con vosotros.

— Discúlpame, entonces.

Claro que sí. Cuando llegó nuestro turno, estábamos dispuestos a realizar el mayor esfuerzo.

Emilio se concentró, tomó carrera y empujó en el momento justo con la misma perfección gimnástica que en el primer intento. Salió mi silla volando, Emilio se detuvo en el borde mismo de la rampa y ahí se quedó, equilibrándose rmla grasamente para no caer, viendo cómo volaba la silla. Yo estire Jos brazos hacia delante en el momento justo y logré un impulso extra. La silla cayó sobre sus ruedas, reboto en el suelo y a punto estuve de irme de bruces y caer, estropeando el magnínco salto, pero me eché hacia atrás y pude seguir en el asiento mientras la silla rebotaba tres o cuatro veces, hasta quedar quieta.

—¡Catorce metros veintidós centímetros! — exclamo el oficial ante los aplausos de toda la tribuna.

Asombrados los competidores, pidieron ver, en la pantalla gigante del estadio, la repetición del salto, y escucharon la entrevista que nos hicieron a Emilio y a mí. Explicamos nuestra técnica y... ¡para qué hablamos!, los siguientes saltos fueron todos perfectos. Competidores de ocho años de edad estuvieron a punto de alcanzarnos, pues habían comprendido como había que saltar.

Cuando fue el turno de los competidores más fuertes, yo me quería desvanecer en brazos de Jack, que no dejaba de animarme.

Al final ganamos, pero por cuestión de ocho centímetros sobre el segundo puesto.

Las siguientes pruebas eran individuales. Significaba que eran del todo mías. La primera de ellas tendría lugar después de un descanso para armar las sillas voladoras. Estaba yo asombrado de ver cómo se iban transformando todas las otras sillas. Yo tenía a cuatro magníficos amigos para ayudarme; y a los otros chicos y chicas, ¿quiénes los ayudarían?

—No empieces a pensar tonterías, porque los otros lo único que desean es que te estrelles en la salida para poder ganarte... —rumió Emilio—. Concéntrate en lo que tienes que hacer: ganar.

—Se les dará a los competidores treinta minutos para que demuestren su pericia y habilidad sin más traba que su imaginación y su capacidad —explicaba un hombre por el altavoz al público asistente.

Yo no prestaba atención más que a las indicaciones de Julio. Quizá eran las mismas palabras que había empleado en la azotea de la casa, pero aquella vez no entendí nada porque estaba

yo aturdido. Ahora comprendí sus instrucciones perfectamente. Se lo hice saber y me despidió con una palmada en la espalda.

—Ponle mucha imaginación —recomendó al final.

Fui a tomar la pista de despegue mientras el cielo comenzaba a recibir a los primeros competidores. Pronto me encontré volando entre otras treinta sillas voladoras. Comencé mi participación haciendo una demostración de velocidad y de altura. ¿Alguien podía volar más alto que yo? Atravesé unas nubes y luego me precipité hacia abajo en un picado increíble casi a ras del suelo, para volver a subir repentinamente. Algunos chicos trataron de imitarme, y no consiguieron subir tan alto ni acelerar a tanta velocidad.

De golpe, reparé en un piloto que hacía piruetas a baja altura. Un rizo, una banda de Moe-bius, un nudo ciego... y no sé qué otras figuras acrobáticas. ¡Me estaba superando! Lo peor de todo es que se trataba de una niña. Intenté imitarla, crear incluso nuevas figuras acrobáticas. Hice el sacacorchos, la montaña rusa inversa, el resorte, la hoja de maple y otras figuras de mi invención; pero la chica no cedía para nada.

«Se llama Clara», pensé. Y estaba seguro de ello. «Clara Blume. Tiene once años y va a quinto y tiene una perra *husky*...»

Entonces coordiné mis movimientos con ella y la fui siguiendo, imitando sus figuras; hice luego las mías y ella aceptó el reto y me fue siguiendo a mí... Así estuvimos largo rato tratando de vencernos uno al otro. Los chicos que cayeron en la cuenta de lo que hacíamos buscaron imitarnos, y de pronto el cielo dejó de ser un revoltijo de máquinas voladoras para convertirse en un concierto aéreo. A la media hora sonó la sirena que indicaba que la prueba había terminado.

Dieron el primer puesto empatado a cuatro participantes. A la chica y a mí entre ellos,

—¡Empate! Eso significa que he fallado —tenía deseos de darme un buen puntapié en la cabeza.

Emilio me tranquilizó:

—No has fallado; tu calificación ha sido perfecta.

—Entonces, ¿qué ha pasado?

—Tenías razón. Todos esos chicos están haciendo un gran papel.

Jack no estaba de acuerdo:

—Manuel ha sido el mejor, porque él ha tomado siempre la iniciativa; los jueces no han podido apreciar todo a la vez.

Me sentí bien. Estaba alegre por mí y estaba alegre por la chica. Cuando dieron los resultados, no quise escuchar su nombre por el altavoz.

porque, si decían que no se llamaba Clara, yo iba a sentir que la magia no existe.

Ahora sólo faltaba una prueba. Yo tenía trescientos puntos y mi más cercano perseguidor doscientos cuarenta y cinco. Significaba que me bastaban cuarenta y seis puntos para ser el triunfador absoluto, pues nadie más podía alcanzar mayor puntuación. Por tanto, ya nos sentíamos el equipo triunfador. Solamente Julio contenía el entusiasmo y decía que lo mejor era esperar un poco antes de celebrarlo.

X\PENAS me enteré de en qué consistía la prueba, empecé a sentirme mal. Pedí a Emilio que me cambiara el babero, porque el que llevaba ya estaba mojado. Un tic nervioso me deformaba la cara cuando anunciaron que tomáramos nuestro puesto.

—Tranquilo —se acercó lack—. Tú puedes hacerlo.

Me coloqué en la pista central, en un lugar que una chiquilla de nueve años reclamaba como suyo. Intervino un oficial para indicar cuál era mi posición.

— ¿Estás bien? —me preguntó. Tan mal me veía.

—Sí, no se preocupe: así soy yo normalmente — expliqué.

Estalló «na música espantosa que acabó por aturdirme. A cada tamborazo me hundía más en la silla, mientras el resto de competidores se sacudían de pies a cabeza con todo el entusiasmo del mundo.

¡Bailar cada quien en su silla de ruedas era la última prueba!

—Creo que Manuel se ha desmayado —señaló Karl, preocupado.

Tenía la intención de meterse en la pista.

—No entres. Pueden descalificarlo —lo detuvo Julio.

—¿Y si se ha puesto mal?

—No puede ponerse mal —respondió Emilio—. No puede fallarnos...

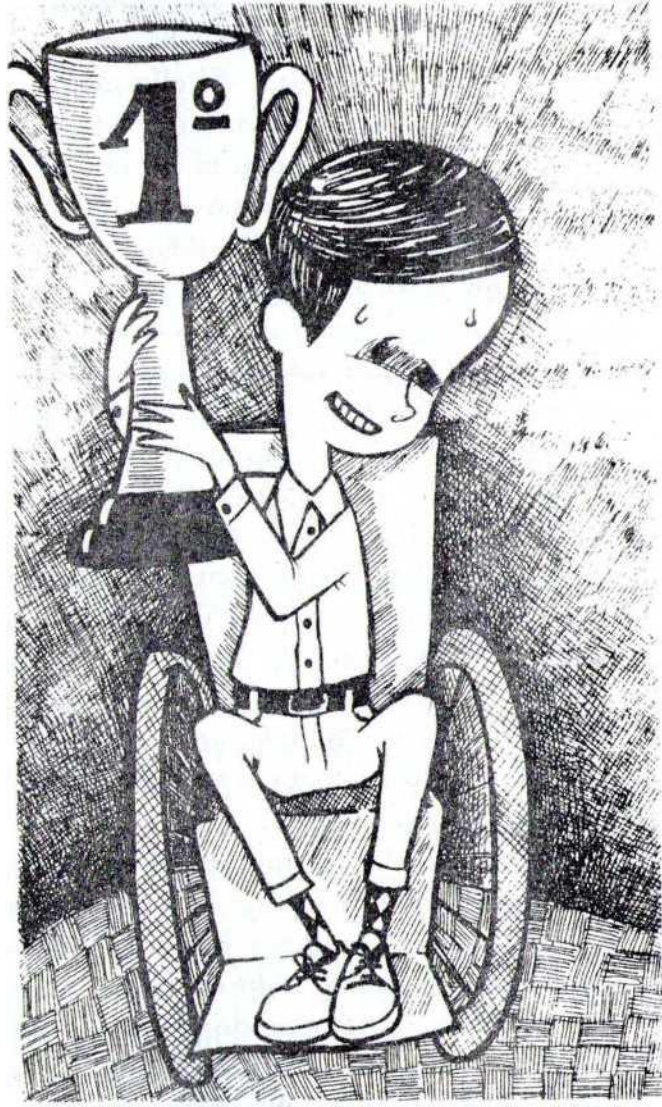
—No nos falles —rogó Jack.

—No nos falles —repitieron los demás a coro.

Clara bailaba maravillosamente esa música horrible. Pasó varias veces enfrente de mi y en una ocasión me miró asombrada.

—No nos falles —se movieron sus labios.

No sé si eso lo dijo ella, porque las palabras resonaron dentro de mi cerebro, no en mis orejas; el caso es que, al verla, me pareció que eran sus palabras. O eran pensamientos que resonaban en mi cerebro, porque hasta la propia música parecía decir: «No nos falles, chaca, chaca, chaca, no nos falles, chaca, chaca, chaca», así, a ritmo de música disco. Quise entonces pedirle auxilio a Clara Blume. «¿Cómo voy a mover con la misma gracia tuya este torpe cuerpo mío?» Ella no pudo escuchar mis pensamientos, pero sonrió animándose y se dio la vuelta. Pude entonces notar que llevaba un babero muy bonito,



y que su cuerpo parecía can contrahecho como el mío. Y, sin embargo, bailaba como los ángeles y se veía tan hermosa... «Si ella puede, quizá yo pueda», me dije. Seguí sus movimientos con los ojos, con el corazón, con el pecho, con los brazos, con mis piernas-ruedas y, de pronto, me encontré bailando como los demás. Chaca, chaca, chaca, me resonaba todo el cuerpo. Sonreí la siguiente vez que se cruzaron mis ojos con los ojos de Clara. Y ella se sonrojó, bajó la vista, pero no se aguantó más y mostró el contento que le daba verme sonreír.

Nunca creí que seguir esa música primitiva fuera divertido. Cuando apagaron el sonido y el público aplaudía de pie, en mi pecho resonaba todavía el ritmo aquel. Me dieron cincuenta puntos de calificación, muy por debajo de los noventa y siete puntos de Clara, que fue la número uno en esa prueba; pero yo tenía la puntuación suficiente para ser el ganador absoluto junto con mis amigos.

Después de la ceremonia de entrega de premios, nos metimos en una heladería a comer todos los postres, pasteles y helados diferentes que había. Nos gastamos todo el dinero del premio.

El regreso lo hicimos de manera similar a la ida, y, finalmente, nos instalamos, cargados de provisiones, en la cabaña aérea.

PASAMOS otros dos días en la cabaña aérea, volando por turnos en la silla de ruedas. Lo mismo hicieron los otros chicos y chicas que habían puesto alas a sus sillas, porque en el cielo siempre había sillas volando por aquí y por allá. Hasta que, unos días después, pasó la moda de las sillas de ruedas voladoras.

Una vez mis primos sorprendieron a Jack volando sobre la huerta y, desde el árbol de lord Glenarvan, los demás escuchamos a Hugo, el gordote, decir:

—¿No es ésa la silla de Manuel...?

—¡Manuel, ese bobo que no es bueno para nada, ahora se pasa dormido todo el tiempo!

—¡Pero ese parche en el respaldo...! —exclamó Hugo—. Se lo puso la abuela cuando yo le di a escondidas un navajazo a su cochina silla...

—¿Cuál parche? Era un adorno... De tanto videojuego ya te falla la vista.

Se fueron, por fin.

Al quedarme solo en mi cuarto, me preparé

para afrontar el enojo de *abue* por mi larga ausencia.

Esperé una hora, dos horas, y como la abuela no subía, la llame. No respondió. La seguí llamando cada quince o veinte minutos, hasta que se hizo de noche y me quedé dormido. Cuando abrí los ojos, comprendí que la fiebre había regresado. Las emociones otra vez, me dije. Los helados, la comida, el aire frío de las alturas... No lo sé. Mi cuerpo es débil y a veces una corriente de aire que se cuele por una rendija me enferma.

Me hundí en un sueño inquieto, hasta que un rayo de luz en la cara me despertó.

Era el doctor Beristáin, alumbrándome con una linterna en los ojos.

—¡Abuela! -aparté la linterna con un brusco movimiento.

Aquí estov, hijo.

Hice a un lado al doctor y me abracé a mi querida abuela.

Te he llamado muchas veces y no estabas...

—Sólo me he apartado de ti un momento... Aquí estoy contigo y aquí estaré siempre...

--Yo... — trate de decir algo, pero las palabras se anudaron en mi garganta.

-No digas nada. A mí tampoco me han gustado nunca las piñatas...

Suspiré. „De modo que mi *abue* pensaba que

mi desaparición se debía a lo que había pasado con la piñata⁷ Me quedé pensando como podría contarle las aventuras que había tenido con mis amigos. Así se daría cuenta de qué poca cosa eran para mí las burlas de los demás.

En esos días no tuve la oportunidad de hacerlo porque la cuestión se complicó: la abuela tuvo una discusión con sus hijos y nietos porque no quiso ir a cenar con ellos en Nochebuena.

No puedo apartarme de Manuelito hasta que mejore un poco —se disculpó.

Las tías Caro y Ful, esposas de los tíos Bene y Vena, se molestaron tanto que ya no cenaron en casa y se fueron a un hotel cercano. Mi abuela tuvo que ir, empujada por los tíos Bene y Vena, a pedirles el día de Navidad que regresaran a la finca, porque no había tenido intención de ofenderlas.

F^ESPIRÉ con alivio cuando mi abuela y yo nos
volvimos a quedar solos.

Tuve una gran mejoría los meses de enero y febrero. Hasta me retiraron una de las seis medicinas que tomo. Mi abuela se veía muy contenta y animosa. Incluso, para mayor suerte: le aceptaron sus colaboraciones en un diario de la capital del estado, y dijo que podría ahorrar para comprar un aparato de vídeo VHS (luego se gastó de nuevo el dinero en medicinas y ya no compró nada).

Yo mismo me sentía muy fuerte y sano y le pedí que me llevara a pasear por la huerta. No quiso porque había mucho polen flotando en el aire y eso, ya estaba comprobado, me hacía daño. ¿No lo decía yo? Si no es el aire, son las emociones, y, si no, el helado que me comí en secreto. Ahora es el polen.

—Mejor te cuento un cuento —añadió con dulzura.

—No, *abue* —respondí.

—Pero no te enfades; es por tu bien...

— Lo se y no me enfado...

—Entonces, ¿el cuento?

— Bueno, pero mejor te lo cuento yo.

Invente una historia basada en la aventura del pasado diciembre. Mi abuela, radiante, escuchaba, como si ella fuese una pequeña criatura y yo un viejo narrador.

JALHÜRA que mi abuela está en el hospital, he pensado mucho en la muerte. Me aterra quedarme solo, sin ella. La tía Fanny y la tía Alba no me llevarían con ellas a Costa Rica, ya que si ellas me quieren un poco, no creo que me quieran igual los tíos. Ellos son hermanos también y conocieron a mis tías cuando pasaban unas vacaciones en México. Ahora las tías hablan con más acento extranjero que mexicano.

—¿Se va a morir mi abuela? —le pregunto a la tía Fanny.

La tía salta, tira el punto, se acomoda las gafas.

—No, qué barbaridades decís, Manuelico... Sos muy maleducado...

—Estoy preocupado, nadie me dice cómo esta mi abue...

—Está mejorcita, ¿qué mas querés saber?

—Cuándo va a regresar.

—La operaron, está delicada. Va a pasar seis o siete días más en el hospital.

—¿Entonces no se va a morir?
—Ya te he dicho que no. El peligro ha pasado.
—Yo he tenido mucho miedo...
—A la muerte no hay que tenerle miedo.
—No le tengo miedo a la muerte, le tengo miedo a quedarme sin abuela...
—¡Ah, qué valiente sos! No tenes idea de nada.
—La muerte es igual a un sueño... Uno cierra los ojos y no los abre más.
—Eso crees. Yo he leído lo que les pasa a los muertos que no se mueren. Bueno, a unas personas que se murieron y luego las revivieron y lo contaron... ¿Sabés qué? Uno empieza a andar por un túnel oscuro hasta que ve al fondo una luz brillante. Al final del túnel, lo espera un perro para guiarlo durante los siguientes pasos. Es un perro conocido que se crió con uno...
—¿Y si nunca hubo perros en la casa...? —interrumpo.
—Si no tenés un perro... ¡no habrá quien te guíe en el otro mundo! Así es y...
—¡Calla, mujer! —dice la tía Alba, que ha entrado sin que nos diéramos cuenta—. ¡Qué cosas más inconvenientes estás contando!
—¡Oh, Dios, tenés razón! —se levanta la tía Fanny nerviosa, tratando de hilar una disculpa.
Y acaba diciendo—: Es que con este niño... una se desespera...

19 *Colmillo Blanco*

FUE en marzo, los últimos días, durante las cortas vacaciones de Semana Santa. Ya había vuelto a ponerme malo. La fiebre, el sueño, los dolores en las piernas, el rictus en la cara, más medicinas... Sí, fue en los últimos días de marzo, una época calurosa y seca, en que esta población se vuelve muy visitada por sus balnearios.

Bueno, pues yo también ardía de calor, aunque lo peor de la fiebre ya había pasado.

Tocaron en los cristales de la puerta de la terraza. Unos golpecitos quedos, tímidos.

Me apresuré a abrir con un feliz presentimiento.

Ahí estaba Jack, pecoso y sonriente, cargando en brazos a un pequeño animal.

—Es un lobo —lo puso en mis manos.

—¿Un lobo?

Esta vez Jack no me reprochó nada, sino que asintió sonriente.

—Un verdadero lobo, muy joven aún.

—¡Guau! —exclamé.

— Así no hacen, sino: ¡Aaaaauuuu...!

-¿Y me lo vas a regalar?

—No es mío.

—¿De quién es?

—De él mismo, así como tú te perteneces a ti mismo.

Comprendo, pero debe de tener un amo.

—Claro.

—¿Con quién hablas, Manuelito? —gritó mi abue.

—Estoy jugando a Colmillo Blanco —respondí.

—¡Ese es un buen nombre! —exclamó Jack—. Le ha gustado mucho, míralo.

El lobo me lamia las manos y la cara.

—Qué bonito —lo acaricié.

No quise confesar a mi amigo que a la perra que tenía mi abuelo se la habían llevado a casa del tío Bene porque se le caía un poco de pelo y, a veces, el pelo entraba en la casa y me hacía daño.

—Bueno, ¿vamos a salir a jugar? —pregunté tras estar mirando lo zalamero que era Colmillo Blanco.

Los otros nos esperaban a la orilla del arroyo. Estaban cargados de raros utensilios y herramientas. Les pregunte, luego de saludarlos efusivamente, qué se proponían hacer.

—lack es el jefe de este juego... —apunto Emilio—. Y a él se le ha ocurrido hacer algo con todas estas cosas que traemos.

—Aja —exclamó Jack—. Y para empezar, necesito que tomes asiento en otra parte.

—¿Y mi silla de ruedas?

—Es un excelente vehículo, no te preocupes.

No, ya sé jugar bien. Ya no me preocupo, ni me pongo a pensar que el baobab no es baobab, o que el tigre es imaginario, o que Sandokan es Emilio, o que las estrellas se ven en el Norte lo mismo que en el Sur. No, poco a poco voy aprendiendo.

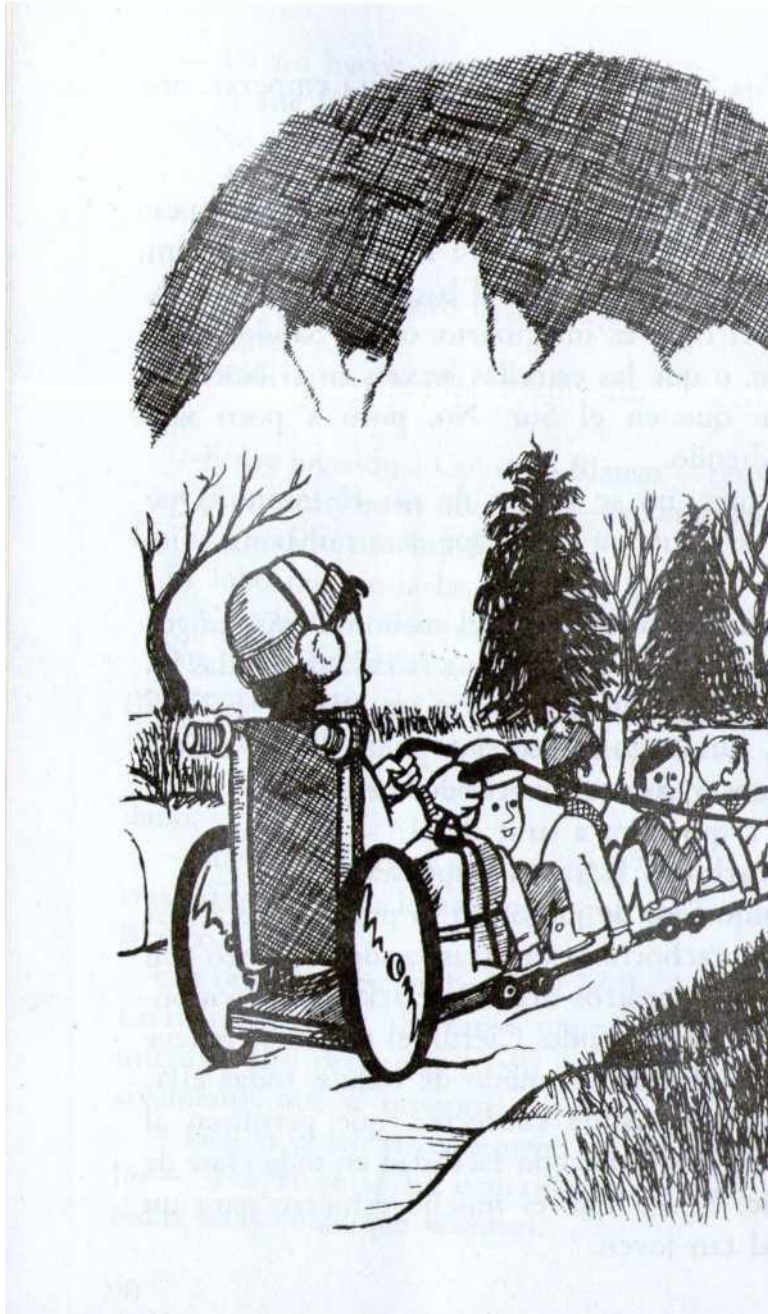
Además, no se aparta de mí el Jobito. ¡Que suave se siente su piel! Qué cara tan bonita tiene...

Mientras yo juego con el cachorro, mis amigos se apresuran en transformar la silla de ruedas en un trineo... ¿Qué digo? ¿En un trineo? Eso he dicho. Un largo trineo que puede llevar cuatro pasajeros y, aparte, un conductor.

—¿Y quién va a tirar de él? —pregunto.

El cachorro ladra en respuesta.

Aunque sea de juego, no lo puedo aceptar. Es sólo un cachorro y va arrastrando el trineo con cuatro de nosotros arriba y Jack detrás, empujando y conduciendo. Cierto, el trineo se mueve sobre unas tablas a modo de esquís, todas ellas llenas de pares de ruedecitas que permiten al vehículo deslizarse con facilidad en toda clase de terreno. Siento que es mucho esfuerzo para un animal tan joven.



Lo peor es que marchamos todo el día sin descanso. Quieren llegar a las estribaciones de la sierra antes del anochecer. Jack dice que somos gambusinos. Conocemos un rico filón de oro, pero para llegar a él tenemos que atravesar toda la sierra.

Comemos sobre la marcha y ellos se relevan en el puesto de conductor sin que nos detengamos, mientras Colmillo Blanco permanece en su lugar tirando y tirando del largo trineo.

Cuando finalmente nos detenemos a descansar, me pongo a curar las patas del animal. El pobre se las lame lastimero y yo permanezco serio con mis amigos hasta la hora de cenar, cuando sus risas, su conversación amena, sus palabras amistosas rompen el disgusto que siento.

Colmillo Blanco se echa a mis pies y el frío de la noche —¡hace frío en esa sierra al tiempo que en el valle hace calor!— se esfuma con su calorcito. En la madrugada, el lobo se echa a mi lado y se queda dormido en mis brazos.

JALÍ día siguiente, en lugar de reanudar la mai cha, nos pasamos toda la mañana desli/andonos en el trineo por una pendiente. Me* alegra cjtuse dé descanso al animal, va que el vehículo. c > decir, mi silla de ruedas con esos esquís extraños, se desliza sola cuesta abajo. Claro, hay que su birla de regreso cada vez, pero en ese trabajo vo no participo; siempre alguien carga conmigo va sea en brazos o en el vehículo ese.

Quisiera conducir vo el trineo. Me entran unas ganas locas de llevar yo las riendas aunque sea un ratito.

—¡Una vez v va! —les pido a mis amigos.

Jack niega reiteradamente, pero los otros abo gan por mí y, cuando todos están ya cansados de subir y subir la silla, acepta que haga yo la última bajada.

¡Allá voy, allá vamos¹ Colmillo Blanco corre alegremente a nuestro lado. El trineo va aumen tando su velocidad ?. medida que desciende, lis fabuloso. Controlo el trineo con unos tirantes de

<)'

los que voy tirando con tuerza. De pronto, el trineo salta. Así había sido siempre que pasábamos por esa parte, pero es distinto ir sentado cómodamente mientras otro guía, a ser uno el conductor (lomo conductor, el tiempo pasa a una velocidad diferente, y el salto me sorprende pues lo esperaba unos segundos después. Así que el salto del trineo me hace perder un instante su control y se desvía un poquito de la dirección que debería llevar. Quiero enderezar el camino, inútilmente, porque el trineo se desliza ya por una ruta distinta y comienza a precipitarse a gran velocidad ladera abajo.

¡Detente* —chilla Julio.

¡Cuidado! - exclama Emilio entre los ladridos desaforados de Colmillo Blanco y las voces de los demás.

Y es que vamos deslizándonos, mejor dicho, vamos precipitándonos, a enorme velocidad por una ladera empinadísima. Logro desviar el trineo a la derecha y, a punto de volcar, tomamos una ligera loma, la cual subimos gracias al impulso que traíamos. El trineo va perdiendo velocidad, casi casi se detiene ya, pero ha logrado subir toda la loma y, cuando damos gracias a Dios por nuestra buena suerte, el vehículo vuelve a deslizarse por el otro lado loma abajo.

El trineo se desplaza tan fácilmente que nada lo puede parar. Ahora comprendo por qué Col

Colmillo Blanco tiraba del trineo con tanta liviandad. Lo único que puedo hacer es seguirlo y evitar las rocas, árboles y arbustos kailgnu* en las bajadas como las muchachas cuando esquiaban en la montaña rusa. Los otros también guían el grito y Colmillo Blanco ladra. ¡Nada así tanto griterío. El valle que abandonamos el día anterior se va acercando aceleradamente. ¡Sigo al lado abajo bloqueándonos blancos a las casas, las haciendas, las fincas. Cada vez más cerca. De pronto, se cruza la carretera y la aborrecido. Ya he aprendido a conducir mejor el trineo, lo único malo es que no tiene frenos. Como vamos de bajada, a cada segundo es mayor la velocidad a que se desliza. Sigo la cinta de asfalto. De pronto, se vienen encima de nosotros dos enormes camiones en sentido contrario. ¡Están tan a punto de atropellarnos. Busco entonces sa-

lido a la izquierda de la carretera y tomo un bosquecillo de encinas (Emilio dice que son encinas y Julio dice que son eucaliptos, pero como esta vez Emilio manda en el juego, son encinas). La mala suerte que tenemos es que, tras el bosquecillo de encinas, la ladera se precipita abruptamente a una cañada. Es imposible detenerse. Trato de desviar el trineo y, en el intento, tras un inesperado movimiento, sale Julio despedido por los aires y se reojo, adivino que vuela a la rama de un árbol. Otro movimiento, y Karl sale por el otro lado

Esto\ i punto de tronar cambiando do dirección una \
on a voz. hnulio sale volando en otro brus u>
movimiento, v al final, cuando llegamos al tondo de la
cañada, Jack vuela también y yo, milagrosamente, lo
sigo a el mientras el trineo so precipita al fondo, diez
metros abajo.

„Mi silla!», pienso nada más un instante, o tal voz
monos, porque mi atención se va al lado de mis
amigos.

¿Estáis bien⁷ —soy el primero en decir
algo.

¡Hola! saluda Julio colgado del pantalón en la
rama de un árbol.

¡Buenas tardes! —responde Karl sacudiéndose las
ropas, va de pie, aparentemente en buenas
condiciones.

Croo que estoy completo —se revisa Jack. Esta
tirado sobre un arbusto y acaba de revisarse de pies a
cabeza.

Todo bien dice Emilio. En realidad, es el único
que ha sacado de todo esto un buen chichón y un
tremendo rasguño en un brazo.

Colmillo Blanco, asustado, comienza a aullar
lastimero. Su aullido resuena a lo lejos. Ahora que veo
que todos están bien, yo también tengo ganas de
ponerme a aullar por mi silla de ruedas. Desde mi
posición, sano y salvo, no logro distinguir el estado en
que ha quedado allá en el tondo del barranco. Pero en
ese momento es

talla la risa de Karl. Es el primero al que le hace gracia
el estado en que nos encontramos, l odos sonreimos
primero y, poco a poco, vamos contagiándonos de su
risa. Hasta Julio, colgado de- una rama, acaba por reír
mientras se agitan sus piernas en el aire y se balancea
todo su cuerpo.

El resto de la tarde lo pasé al borde del barranco, con Colmillo Blanco a mi lado, mirando cómo rescataban mi silla de ruedas. Tras mucho batallar lograron sacar todas sus partes. Estaba completa, sí. Cada rueda por su lado y el asiento por otro, pero completa. Los esquis estaban, en cambio, rotos e inservibles.

«¡Ahora sí que me la he cargado!», pensé.

—No te preocupes, nosotros la arreglaremos —decía Julio.

—¿Mañana estará como nueva —aseguraba Emilio, pues ya la tarde se estaba yendo.

No les creí. Una rueda había quedado cuadrada, la otra casi triangular y el resto todo abollado o raspado.

Lo peor de todo era que no sólo se había arruinado la silla, sino nuestro medio de transporte. Ahora teníamos que regresar a pie; bueno, ellos a pie y yo... sobre las manos, si no lo hacía arrastrándome.

—No te preocupes —insistía Karl.

Sólo Jack permanecía callado, tratando de devolverle la forma a una de las ruedas.

Acampamos ahí mismo, si es que eso era un campamento, cobijados por las estrellas, que fueron encendiéndose en lo alto, y, cuando el estómago empezó a reclamar nuestra falta de atención, chupamos vainas dulces de mezquite como único alimento.

Y, sin embargo, fue una noche divertida. Como las otras noches que hemos pasado juntos. No sé a qué hora nos quedamos dormidos. El caso es que cerré los ojos, me hundí en un sueño profundo, y de pronto siento en la cara que me pasan una esponja o un estropajo. Antes de abrir los ojos, caigo en la cuenta de que se trata del lengüetazo cálido de Colmillo Blanco, y entonces creo escuchar la voz de Jack llamándome.

Me desperté. Estaba a punto de amanecer.

—Al fin —exclamó Jack, inclinado sobre mi cara.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—Vamos a ir allá arriba... —señaló una loma cercana.

Hacía fresco y el aire era suave.

Me colgué del cuello de Karl y éste me llevó en su espalda, a caballito. Los otros iban a nuestro lado; hablaban de un rayo verde. No entendía nada.

— No hace falta entender nada -respondí«» Julio - . Cuando ves las estrellas, las ves y ya. no te pones en plan sabiendo a pensar cual es su masa y su temperatura, a que velocidad se desplazan en el espacio y todo eso... ¿O no? Lo único que sabes, y es lo único que importa en ese momento, es que ahí están en el cielo, brillando.

— De todos modos —intervino Emilio—, conviene decir que el rayo verde es algo muy raro en estas latitudes. Se ve mejor en las regiones más cercanas al Artico, donde se encuentra el polo norte magnético.

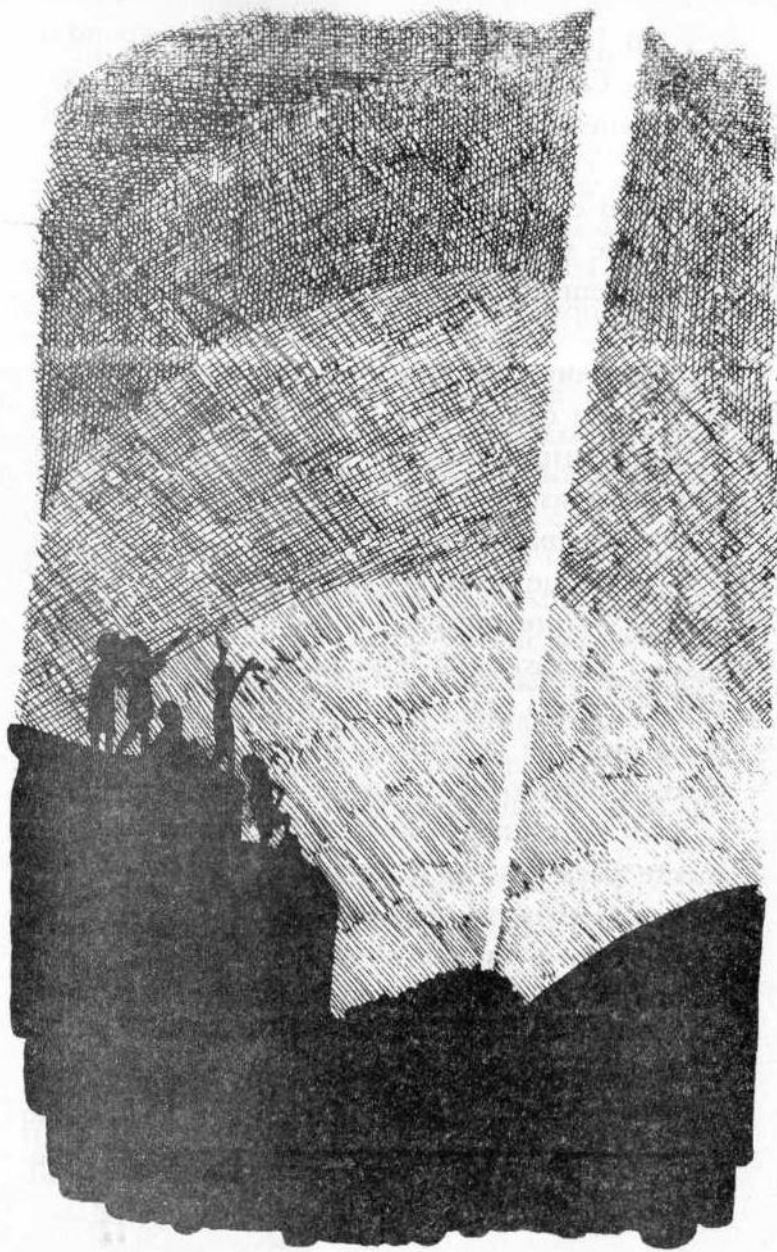
—¡Hay que acomodarse en el sitio de observación! —interrumpió Jack al par de «científicos»—. Ya casi es la hora prevista.

Trepamos a una peña que estaba precisamente en la cima de la loma y ahí nos apretamos los cinco. Colmillo Blanco a mi lado.

Karl saco una brújula que llevaba especialmente para esta oportunidad y nos indicó con precisión el norte magnético.

Justo en el momento en que señalaba con el índice la lejanía, un rayo verde cruzó el horizonte. Un rayo verde con destellos rojos y purpuras.

—Es la aurora boreal... —susurró Jack, como si temiese romper con su voz el encanto de aquella visión sin igual.



—El rayo verde —brincaba de gozo mi corazón.
Había leído yo una aventura formidable en la que
; personajes perseguían al rayo verde, de modo que
nía idea de lo extraordinario del suceso.

No se cuánto tiempo duró el fenómeno porque a mí
e ocurre que en momentos así pierdo la noción del
mpo. De golpe, con los primeros resplandores del
l naciente, la mágica visión se fue apagando hasta
saparecer.

Luego, Julio y Emilio se enfrascaron en una
scusión para explicar el fenómeno. Hablaron de
mentos magnéticas producidas por la actividad de
; manchas solares al chocar contra los polos
agnéticos de la Tierra, pero yo no entendí nada.

—Ni yo —repetía Karl.

El regreso

VI La silla de ruedas se quedó torcida y se desplaza sobre una rueda no muy redonda. Por ello la cargan hasta llegar a la carretera, en lugar de ir la empujando. A mí también me llevan, por turnos, a caballito.

En la carretera probamos la silla de ruedas y es cuando nos damos cuenta de que ha quedado hecha un desastre.

No importa. Ya encontraré qué decirle a mi abuela.

Nos lleva una camioneta. La finca de mis abuelos está a cinco manzanas de esa misma carretera al entrar a la ciudad, de modo que no tardamos en estar en casa.

Nadie tiene fuerzas ni ánimo para subir al árbol de lord Glenarvan, como yo hubiese querido, a fin de retardar mi regreso y encontrar una explicación más o menos creíble por mi *abue* de lo ocurrido a la silla de ruedas. Todos tienen que irse por una u otra razón.

Se despiden Jack, Karl y Emilio, julio es el

Le cuento de pe a pa todo, desde el momento en que Emilio se apareció con su traje blanquísimo y su morral, hasta el instante mismo en que Julio se despidió de mí diciéndome lo del rayo verde.

Ella me escucha con atención. A ratos sonrío, a ratos se pone seria. Al final me llena de besos y es cuando veo que tiene húmeda la mirada.

—¡Cómo quisiera que todo fuera cierto, Manuelito! —dice limpiándose una gotita de agua que se escurre por su cara.

— Lo es, *abue*... Mis amigos son muchachos de verdad y me he divertido mucho al lado de ellos.

—Mi cielo: si nunca me he apartado de ti. Estos seis días que han pasado, me he quedado a dormir en tu cuarto.

—¿Y las otras veces? —digo, incrédulo.

— Nunca, nunca te he dejado solo más de unas pocas horas.

A mi abuela se le olvidan las cosas. Eso es lo que ocurre. Siempre deja en un lugar su ganchillo y lo busca en otro. Un día creyó que era martes, salió corriendo al periódico a entregar su colaboración y resultó que era miércoles. Nunca sabe en qué día vivimos. Sí, eso es lo que ocurre con la pobre olvidadiza. Por eso, ni cuenta se ha dado de mis andanzas.

La silla nueva es un regalo de los nos Bene y Vena, no porque ellos la hayan pagado, sino porque ellos tuvieron la idea de pedirla a una institución que no me acuerdo cómo se llama. A lo mejor es el Seguro Social, ya que yo estoy asegurado.

No sé qué hicieron con mi silla vieja. Quisiera verla para comprobar las averías que sufrió y así demostrarle a mi *abue* que yo digo la verdad. Pero, pobre, si se lo demuestro, va a tener que reconocer que tiene muy mala memoria y que se olvidó de mí durante algunos días.

La abuela ha dicho que yo estaba tan contento a causa de la silla de ruedas nueva; pero, ¡qué va! Yo sé que me sentía tan lleno de energía debido al rayo verde.

Salíamos todos los días a pasear por la huerta, incluso algunas veces nos asomamos a la calle y compramos un dulce de nanche.

—Ese es el árbol de lord Glenarvan —le explicaba a mi *abue*—. Aquí, mira, exactamente en

este borde tropezó la silla de ruedas cuando Karl la empujaba...

Ella se reía. Estaba todo el tiempo contenta porque veía que mi salud mejoraba.

Una vez, hace tiempo, sorprendí un comentario de mis tíos. Decían que cuando un enfermo está muy mal y sale de una crisis, la siguiente crisis va a ser más fuerte y difícil de superar. No me pidan que explique que es crisis. Yo me imagino que es una recaída grave de salud. Creo que hablaban de mí. No lo sé. Pero yo ahora sé otra cosa: cuando un enfermo se alivia un poquito, la próxima vez que se alivie se alivia más. Eso me estaba pasando a mí.

Mayo, junio, julio, agosto, septiembre y octubre fueron los meses más sanos de mi vida. Los vivimos intensamente, los disfrutamos mucho. Ciertamente: durante todo este tiempo, no aparecieron por aquí los primos más que un par de fines de semana. Pero no me molestaron; al contrario, descubrí que no son criaturas horribles, sino chicos comunes y corrientes. Hugo, el gordote, tiene el mismo modo de mirar de Jack que tanto me divierte. Reconociendo esto, ya no me parece tan horrible como antes.

En la primera semana de noviembre, me sentí desganado y le dije a la abuela que prefería quedarme en la terraza. ¿Se estaba esfumando el efecto del rayo verde?

Luego, en los primeros días de diciembre, mi *abue* se puso enferma y yo me empecé a sentir peor. Llegó primero el tío Bene, quien la acompañaba una y otra vez al doctor. No se curaba y tuvieron que hospitalizarla. Entonces llegaron todos mis tíos, incluso llegaron las tías de Costa Rica adelantándose a sus planes. Mi abuela les dijo que no me dejaran solo ni un momento. Y las tías mas o menos cumplen con esta petición.

Mas o menos porque, si finjo que estoy dormido, salen corriendo. Y entonces abro los ojos y me quedo mirando a la vidriera para ver si aparecen mis amigos.

OV>L'AN'1'OS días faltan para las fiestas de las posadas? —pregunto a la tía Alba. He estado con tanto sueño que he perdido la noción del tiempo.

-¡Las posadas! Mire nada más en que esta pensando, como si estuviera para andar pegando a la olla... —la tía Alba sirve una cucharita con un líquido verdoso que sabe a grillos . ¡Ande, tómese su medicina!

—En serio, tía: ¿a qué día estamos/ Es lo que quiero saber.

A veintiséis de diciembre.

¡Veintiséis de diciembre!, resuena en mi cerebro.

¡Veintiséis de diciembre!, campanillea en toda mi cabeza. Y los muchachos no han venido ¿Que le pasa?

¿No decía que esa medicina sí le gusta?

En comparación con las demás... aclaro La medicina no me importa en esos momentos ¿Dónde he estado todos estos días que no me he dado cuenta de cuando empezaron las

verdaderas vacaciones de diciembre? Dormido, con fiebre, o qué se yo. El caso es que mis amigos... No sé qué pensar ahora.

Antes tenía miedo de que no vinieran porque ya no somos unos niños.

Ahora tengo miedo de que hayan venido mientras yo estaba aquí sumido en mi enfermedad.

Y mi *cibue* no aparece tampoco. Si al menos ella hubiera estado aquí, y si, como decía, nunca se apartaba de mí, le habría pedido que si venía Jack o Emilio o Julio o Karl, les dijera que podían pasar a despertarme.

Me siento mal de verdad con sólo pensar en que vinieron y no respondí a su llamada. Me da vértigo, me hundo en un abismo negro.

Cuando abro los ojos tengo una aguja clavada en el brazo y una mascarilla en la nariz. Huele a medicinas, se respira caliente y pesado. Las paredes se quisieran derretir del calor que sienten también. Me están poniendo suero. Oigo voces, no las comprendo, y oigo un tac-tac lejano y un cri-cri todavía más distante.

El doctor de siempre, no me puedo acordar ahora de su nombre. La tía..., tampoco me acuerdo de su nombre. La que me habla en costarricense: «Sos un sonso, Manuelico...». Y el tío ese, el padre del gordote. Ellos están conmigo. Tienen cara de espanten. El doctor se lava las manos

con alcohol, escribe una nota, dice algo al tío y sale del cuarto. El tío mira a la tía, le dice algo y va tras el doctor. La tía me mira a mí, no dice nada y sale corriendo tras el tío.

«¡Vaya enredo!», pienso. Me han dejado solo, sumido en el calor de dentro y en los ruidos que llegan de fuera y las gotitas de suero que siguen escurriéndose por el tubito.

El tac-tac es ahora mas fuerte; el cri-cri, más cercano.

E)e pronto, se abre con violencia la puerta de la terraza y un chico, vestido todo de azul, cae de bruces en medio de la habitación.

—¡Diablos contigo, Manuel! —quiere decir muy fiero Julio, pero le sale la voz dolorida. Ha abierto la puerta golpeándola con el hombro.

—Llevo media hora tocando para que me abras.

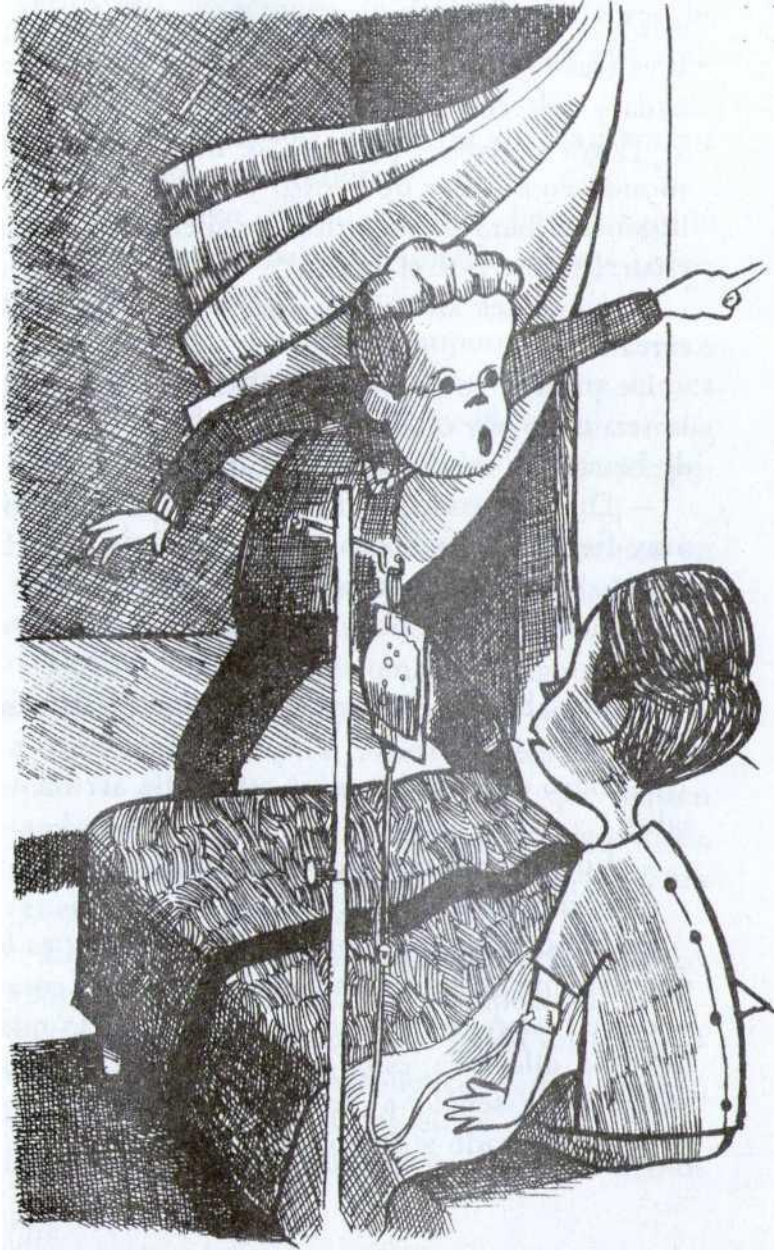
—¡Lo sabía! —exclamo—. ¡No me podían fallar!

—Claro que no; los otros están allá arriba, ya sabes.

—¡En el árbol de lord Glenarvan!

—Bueno, vámonos.

Es lo que más me molesta de los cuatro; es lo que mas me gusta de los cuatro. Sí, ambas cosas: que me traten como si yo pudiera hacer lo mismo que ellos. Ya estoy acostumbrado, así que sonrío y le señalo a Julio los tubitos que me tienen conectado a la botella de suero.



—Ya veo...

Se acerca parsimonioso y, del modo mas normal, quita la mascarilla, arranca la aguja y me toma en sus brazos.

—¡A caballito! —le digo.

Y él deja que me cuelgue en su cuello mientras que sus manos de muchacho fuerte sostienen mis piernas blandengues.

Ya estamos a punto de salir a la terraza cuando grito que olvidamos mi silla de ruedas.

—No la necesitas —responde Julio.

Lo comprendo de inmediato.

En el árbol de lord Glenarvan están mis otros tres amigos esperando. De un solo salto, desde la terraza, estamos con ellos. Nos tomamos los cinco de las manos y, en un suspiro, comenzamos a flotar tranquilamente, a volar de verdad, a subir poco a poco al cielo.

Al pasar por entre las nubes, me entra una tremenda preocupación.

—¿Y mi abuela? —me detengo.

Todos nos soltamos de las manos. Jack me mira sorprendido y nada más mueve la cabeza.

Emilio se da prisa en contestar:

—Allá abajo. Estará bien por algunos años más.

—Bueno, entonces, sigamos —digo yo, y es cuando me fijo bien en el rostro de Julio y en el de Emilio y en el de Jack y en el de Karl...

¡Pero si son mis amigos de siempre! Julio Verne, Emilio Salgari, Jack London, Karl May... ¡Debo de ser un tonto de capirote por no haberlos reconocido!

Y ahora el ascenso es libre, cada uno por su lado va volando como mejor le acomoda. Yo me pongo a describir figuras acrobáticas y los otros no tardan en imitarme. El sacacorchos me sale a mí mejor que a nadie, y cuando hago la banda de Moebius, girando vertiginosamente hasta completar una figura imposible, me doy cuenta de que mis piernas responden magníficamente.

Miro abajo: allá se queda mi silla de ruedas, vacía, a un lado del cuerpo frío del niño que fui.

Un mes se pasa como sea cuando el corazón está dolorido. Se duerme mal, se come sin ganas, se piensa mucho, se duele uno de la imaginación.

La abuela ha decidido arreglar el cuarto de Manuel. Primero no quería tocar nada; luego se animó a sacudir, a limpiar, a acomodar esto y aquello. Ahora está decidida a cambiarlo todo, ya que el recuerdo de su nieto lo lleva dentro.

Se detiene ante el estante lleno de libros de aventuras. Los lomos de colores de ediciones corrientes se confunden con las ediciones de pastas de cartón. Muchos de esos libros pasaron por sus propias manos antes de llegar a las de su nieto, por eso los conoce bien. Quizá ahora los regale a sus otros nietos. De entre toda esa colección de libros de aventuras, resaltan cuatro tomos en un rincón. Parecen idénticos, pero pertenecen a distintas editoriales. La abuela se acerca y lee:

— *Los hijos del capitán Grant, El León de Damasco, La llamada de la selva. La hija del jeque.*

Y mientras descubre los títulos, salta su co

razón en el pecho. Ha reconocido de golpe a los autores. Tiene que sentarse y tomar un vaso de agua antes de sacar los cuatro libros.

— Julio, Emilio, Jack, Karl... Eran ellos... Los amigos de siempre...

/ Índice

1	Manuelito	
2	Emilio	11
3	Karl	1
4	Julio y Jack	23
5	Una noche en la cabaña aérea	3 3
6	La jungla negra	39
7	En casa	43
8	La abuela	47
9	Otra vez Karl	5 1
10	Los otros	55
11	La silla voladora	/..... 59
12	La competición	\..... 65
13	Salto de longitud	69
14	Clara	3
15	La prueba final	
7 6	En casa	H1
77	Un cuento	N5
7#	Miedo	8
19	Colmillo Blanco	89
20	0/7Y7 vez la silla	95
21	El rayo verde	101
22	El regreso	10
23	Los días siguientes	111
24	La gran aventura	1 I ^
2 S	Los amigos de siempre	121